

CARTILLA DE FORMACIÓN

ROSA LUXEMBURGO:

PENSAMIENTO CRÍTICO Y REVOLUCIÓN

A stylized, abstract illustration of Rosa Luxemburg. She is depicted from the waist up, wearing a white dress with a small dark mark on the chest. Her head is tilted back, and her face is rendered in a simple, graphic style. Above her head is a large, flowing, multi-colored shape that resembles a flag or a piece of fabric, with a white rectangular element on the left side. The background consists of a blue, textured area at the bottom and a white area above, separated by a black line. The overall style is graphic and expressive.

Selección de textos y notas introductorias
a cargo de Hernán Ouviaña

**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO**



CARTILLA DE FORMACIÓN
Rosa Luxemburgo: Pensamiento
crítico y revolución

*Selección de textos y notas introductorias
a cargo de Hernán Oviña*



2019

Diseño de interior: Francisco Farina

Arte y diseño de tapa: Alejandra Andreone

Selección de textos y notas introductorias a cargo de Hernán Ouviaña

Esta publicación es financiada con recursos de la Fundación Rosa Luxemburgo (FRL) con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ).

El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva del autor, y no refleja necesariamente una posición de la FRL.



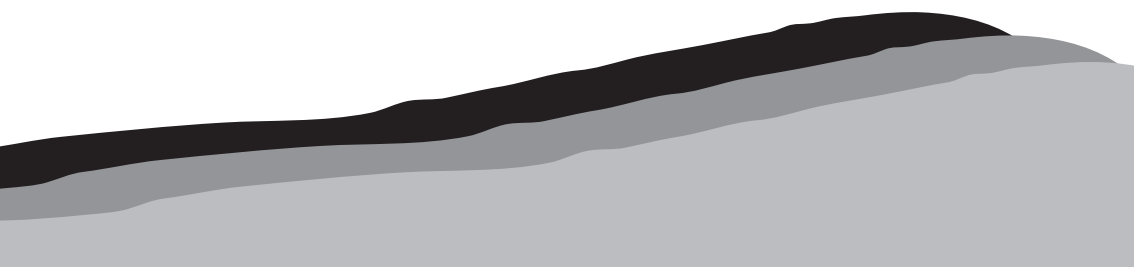
Índice

Presentación	5
---------------------------	----------

Rosa Luxemburgo: de la educación popular a la (auto)formación de las masas <i>Por Hernán Oviña</i>	9
--	----------

Selección de textos de Rosa Luxemburgo

I. El capitalismo, la colonialidad y el despojo en América Latina	19
II. Estrategia y organización revolucionaria.....	35
III. La lucha de las mujeres	55
IV. La democracia socialista y el protagonismo popular durante el proceso revolucionario	69



Presentación

La conmemoración de los 100 años del asesinato de Rosa Luxemburgo en enero de 2019, constituye una excelente oportunidad para traer al presente a su figura y su obra, como marxista y revolucionaria que supo realizar notables aportes para repensar los proyectos emancipatorios, desde una perspectiva no dogmática y resaltando la centralidad del protagonismo popular en la construcción de un proyecto de carácter socialista. Su internacionalismo inculdicable resulta sumamente vigente en la actualidad, ya que brinda pistas para entender las complejidades de territorios heterogéneos y plurinacionales, tanto en Europa como en América Latina, y también para reimpulsar la solidaridad y el hermanamiento entre los pueblos y los/las trabajadores/as, y contrarrestar el avance de la xenofobia, el odio racial y el resurgir de tendencias neofascistas en varias regiones del mundo.

Asimismo, la atención puesta en las comunidades campesinas y los pueblos indígenas, como sujetos que resisten a la voracidad de expansión y avasallamiento del capitalismo en las periferias del mundo, hoy emerge con más vitalidad que nunca, en un contexto signado por la acumulación por despojo y el intento de privatización y saqueo de los bienes comunes. Ello sin desatender, por supuesto, su propuesta de apostar a la organización social y política de las y los explotados y oprimidos, aunque tomando distancia de los

formatos más anquilosados y burocráticos. Por último, la importancia que le supo dar Rosa a la lucha cultural y educativa, a la defensa de los derechos de las mujeres, así como su intento de amalgamar socialismo y democracia desde una óptica de impugnación de toda lógica autoritaria, configuran de conjunto un faro de referencia ineludible para el crisol de movimientos territoriales, colectivos feministas, socio-ambientales y de educación popular, partidos, plataformas de articulación, sindicatos de base y organizaciones de izquierda, en particular en Nuestra América.

En este marco, el objetivo de esta cartilla es convidar un conjunto de textos y fragmentos de algunos de los principales libros, artículos y borradores escritos por Rosa, con una breve contextualización histórica de estas fuentes y ordenados en función de ciertos ejes o temáticas relevantes, para orientar la lectura y fomentar el debate colectivo, de manera tal que en el taller de formación donde se haga uso del material, se recuperen y resignifiquen elementos conceptuales e hipótesis que, aún hoy, resultan sugerentes para la comprensión del pasado reciente y el análisis e intervención militante en el contexto actual de profunda crisis civilizatoria que se vive a nivel global y en la región.

El objetivo principal es, a partir de un análisis directo de su producción teórica y de sus principales iniciativas políticas, que las y los que se apropien de su contenido y participen de instancias formativas, logren incorporar y recrear críticamente los nudos centrales de la obra de Rosa, y puedan hacerlos dialogar con las apuestas militantes y los procesos organizativos en los que se encuentran inmersxs, de manera tal que se contribuya a la auto-reflexión en torno a sus propias prácticas y territorios de lucha cotidiana.

Los ejes o nudos centrales que se abordan son los siguientes:

- 1) La importancia de la formación política y la lucha cultural en Rosa Luxemburgo.
- 2) El marxismo como brújula: el método dialéctico y el

punto de vista de la totalidad para el análisis de las múltiples opresiones y de las formas de resistencia e insubordinación.

3) El entrelazamiento del capitalismo, la colonialidad, el despojo socio-ambiental y el patriarcado en nuestras sociedades latinoamericanas.

4) La estrategia y organización revolucionaria, teniendo en cuenta la relación entre espontaneidad, dirección y autoconciencia, y el vínculo orgánico entre reforma y revolución.

5) La democracia socialista y el protagonismo popular durante el proceso de transición al socialismo.

Hace 50 años, el joven historiador Milciades Peña dictaba un Taller de formación introductorio a la obra de Marx, donde expresaba una concepción por demás sugerente en torno al proceso de autoeducación de las clases subalternas, que vale la pena retomar como punto de partida para la lectura de esta cartilla y las posibles propuestas de intercambio y debate colectivo que surjan a partir de ella:

“El marxismo rechaza la concepción tradicional de la enseñanza como un proceso en que una persona activa enseña y muchas personas pasivas aprenden. Esta concepción -que se basa en la división entre teoría y práctica, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual- debe ser reemplazada por la enseñanza como un proceso creador en que todo el grupo, donde se enseña y se aprende, trabaja activamente, confrontando sus conocimientos e ideas, y que a través de esta confrontación logra impartir el nuevo conocimiento al que aprende y logra profundizar el conocimiento del que enseña. Dice Hegel a sus estudiantes: ‘lo



primero que hay que aprender aquí es a estar de pie'. Es decir, en tensión, alertas, y en actividad, en actitud creadora. 'Si el aprender se limitara simplemente a recibir, no daría mucho mejor resultado que escribir en el agua'. El que estudia algo debe recrear ese algo dentro de sí mismo. No es cuestión de recibir algunas nociones de marxismo. Lo que hay que hacer es investigar el marxismo, enfrentarlo, penetrar intensamente en la materia que se quiere aprender y dejar que esa materia penetre profundamente en el intelecto y en la emoción del que aprende. Sino, no hay aprendizaje posible. Sólo se aprende a través de la investigación. De modo que nuestra tarea será investigar juntos el marxismo; juntos tendremos que descubrir y redescubrir el marxismo, empezando por su esencia, que es lo más difícil de captar, y huyendo como de la peste de las vulgarizaciones y simplificaciones al estilo de los manuales, que se parecen tanto al marxismo como una hoja seca a una rosa recién cortada".



Rosa Luxemburgo: de la educación popular a la (auto) formación de las masas

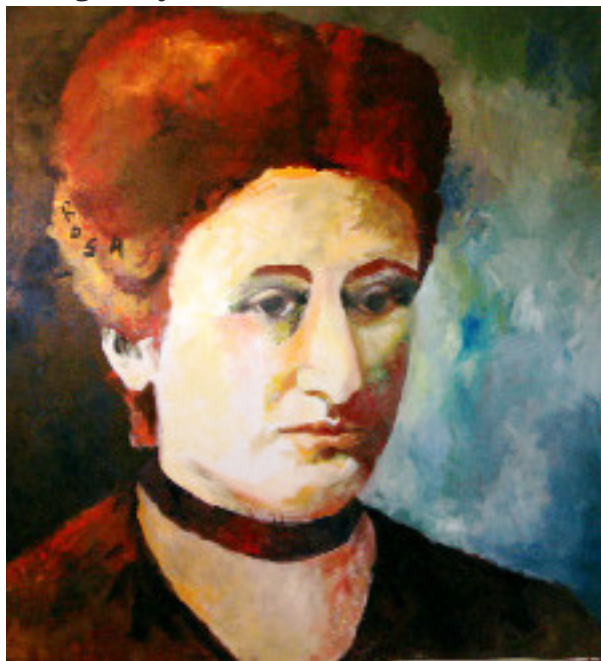
Por Hernán Ouviña

Rosa Luxemburgo (Zamosc, 1871/Berlín, 1919) es una de las marxistas que, en tanto educadora popular, más esfuerzos destina a lo largo de su vida en favor de los procesos formativos, a los que considera prioritarios para la militancia. Paradójica y erróneamente, se la sigue caricaturizando como una “espontaneista” que denostaba la teoría y la necesidad de la organización política, algo alejado por completo de su concepción revolucionaria. Desde sus primeros pasos como activista clandestina en su Polonia natal, hasta su destacado papel en el seno de la izquierda alemana y europea, siempre abogó por construir y dotar de centralidad a los espacios orgánicos y a los momentos de autoaprendizaje de las masas.

De hecho, al poco tiempo de sumarse a militar en Alemania, es invitada a incorporarse en la escuela de formación del Partido Socialdemócrata por su experiencia en ese plano. Salvo en los diferentes interregnos que estuvo encarcelada, Rosa dedica buena parte de su militancia diaria a esta tarea, a razón de cuatro veces por semana, desde 1907 hasta 1914 (año en el que, como consecuencia de su agitación contra la guerra, sufre sucesivos y prolongados períodos de encierro en la cárcel). En los talleres y cursos que coordina, no permite que se tomen notas en el momento, ya que considera que es mejor que quienes asisten puedan seguir, sin interrupción y con la mayor atención posible, la dinámica de intercambio y exposición que orienta a cada encuentro. “Uno no quiere

simplemente repetir”, convertirse “en un fonógrafo”, sino “recoger material fresco para cada nuevo curso, ampliar, cambiar, mejorar”, que se fomente la discusión y “un tratamiento profundo de la materia mediante preguntas y conversación”, confiesa en una de sus cartas.

Una parte sustancial de estas clases, en cuyos borradores Rosa trabaja para su publicación incluso durante los años que está en la cárcel, fue editada póstumamente bajo el título de *Introducción a la economía política*, y vale la pena leer estos manuscritos porque no solamente desmitifica en ellos al pensamiento de los “sabios burgueses”, sino debido a que aborda de manera detallada -y hasta reivindica- las formas comunitarias de vida social existentes en la periferia del mundo capitalista, entre ellas las de los pueblos indígenas que aún perduran hoy en día en Nuestra América. Podemos imaginarnos lo que implicó que una mujer, polaca y judía ingrese como “profesora” en ese espacio construido y habitado casi de manera exclusiva por hombres, que además de desvalorizar la capacidad intelectual y política de las mujeres, en no pocas ocasiones reproducían los peores prejuicios misóginos y antisemitas.



Hoy sabemos que la batalla de Rosa fue en varios frentes: contra el capitalismo como sistema de dominación múltiple, que además de intensificar la explotación de la clase trabajadora, exacerbaba el militarismo bélico y desplazaba su crisis hacia los países coloniales y la periferia global a través de la acumulación por despojo, pero también contra lo que Raya Dunayevskaya llamó “chauvinismo masculino”, que imbuía al propio partido en el que ella militaba, incluyendo a sus principales referentes teóricos y políticos, Karl Kautsky y August Bebel. Algunos de sus textos más disruptivos son producto de las querellas libradas contra las tendencias burocráticas al interior de la organización, que subestimaban de manera simétrica la capacidad de lucha y autoconsciencia de las clases populares.

Uno de sus primeros escritos, *¿Reforma o revolución?*, constituye una brillante respuesta a las hipótesis reformistas de Eduard Bernstein. Producido a partir de la sistematización de artículos publicados por ella en la prensa partidaria, en este libro editado en 1900 explicita la centralidad del estudio y la discusión teórica: “no se puede arrojar contra los obreros insulto más grosero ni calumnia más indigna -arenga- que la frase ‘las polémicas teóricas son sólo para académicos’”. Es que, como afirma en otra de sus cartas, “el socialismo no es precisamente, un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una grande y poderosa concepción del mundo”, por lo que la disputa intelectual y la formación política tenían una relevancia ineludible.

Pero esto no significa desmerecer las acciones militantes en la calle, sino por el contrario concebirlas, también, como profundamente formativas, en un ida y vuelta con la reflexión crítica. *Huelga de masas, partido y sindicatos*, otro de sus libros más sugerentes, es un claro ejemplo de su concepción dialéctica de la realidad y del autoaprendizaje en torno a ella. A partir de la reconstrucción y análisis del proceso revolucionario vivido en Rusia en 1905, este texto elaborado en Finlandia tras su participación directa en los últimos meses del proceso de rebelión vivido en su caso en Varsovia, demuestra cómo la supuesta “espontaneidad” de las masas populares en las calles y barricadas de aquel “bárbaro” país oriental, tenía mucho para enseñarle a la

cómoda dirigencia socialdemócrata de Alemania e incluso al conjunto de Europa, respecto de cuál era el horizonte de lucha al que apuntar: “un año de revolución ha dado al proletariado ruso esa ‘educación’ que treinta años de luchas parlamentarias y sindicales no pueden dar artificialmente al proletariado alemán”, sentencia en una de sus páginas más ardientes, donde se mofa de “los burócratas enamorados de los esquemas prefabricados”. Tal enfado generó este material, que la dirección de los adormecidos sindicatos alemanes decidió destruir e incendiar la edición que esperaba ser difundida por esas tierras. Este libro en particular brinda una enseñanza vital en términos formativos, debido a que postula que la experiencia práctica, *el aprender haciendo*, resulta fundamental en el proceso autoeducativo de las masas en su caminar revolucionario, a punto tal que la organización de las y los oprimidos no es una creación que antecede a la lucha, sino producto de ella.

En el contexto del desencadenamiento de la primera guerra mundial, Rosa utiliza su pluma -bajo seudónimos varios- como arma de combate contra las fuerzas nacionalistas que instan al intervencionismo militar alemán en el conflicto bélico. *La crisis de la socialdemocracia* (firmado con el nombre de “Junius”), es quizás uno de los folletos de denuncia contra la guerra imperialista de mayor trascendencia en Europa, donde ella advierte sobre una disyuntiva civilizatoria que pasará a la historia como consigna de las causas populares a nivel mundial: *¡Socialismo o barbarie!* Lejos de propiciar una neutralidad absoluta que implique desentenderse de esta tragedia bélica, advierte que “jamás la actitud pasiva del *laisser-faire, laisser-passer* ha sido la línea de conducta de un partido revolucionario”, por lo que el papel de las y los socialistas “no es el de situarse bajo la dirección de las clases dirigentes para defender la sociedad de clases existente, ni permanecer silenciosamente al margen, esperando que la tormenta pase, sino seguir *una política de clase, independiente*”. Pero para construirla, aclara, la clase trabajadora “no tiene un esquema previo, válido de una vez para siempre, ni un guía infalible que le muestra el camino que debe recorrer; no tiene otro maestro que la experiencia histórica (...) Sólo alcanzará su liberación si sabe aprender de sus propios errores. Para el movimiento proletario, la autocrítica,

una autocrítica valiente, cruel, que llegue hasta el fondo de las cosas, es el aire y la luz sin los cuales no puede vivir”.

A pesar de encontrarse entre rejas -donde permanece confinada numerosos meses, precisamente a raíz de su militancia internacionalista y contra la guerra-, tiene también oportunidad de realizar una lectura crítica de los primeros momentos del proceso revolucionario vivido en la Rusia soviética de 1917 y principios de 1918. El manuscrito *La Revolución Rusa* resulta un texto clave, no solamente para todo proyecto de formación política en cuanto a su método de análisis y autocrítica fraterna desde el marxismo, sino porque en él se explicita la centralidad que este tipo de propuestas adquiere en la transición al socialismo, e incluso antes de él. “El dominio de clase burgués -dirá Rosa sin medias tintas- no tenía necesidad de una instrucción y de una educación política de las masas populares, por lo menos más allá de ciertos límites muy estrechos. Para la dictadura proletaria, en cambio, ambas cosas constituyen el elemento vital, el aire, sin el cual no podría subsistir”.

En efecto, la nueva sociedad implica la participación activa y consciente del pueblo, razón por la cual “la práctica socialista exige una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglo de dominación burguesa”. De acuerdo a la militante espartaquista, “la escuela misma de la vida pública, de la más ilimitada y amplia democracia, de la opinión pública”, es lo que iba a permitir el avance hacia un socialismo no burocratizado ni autoritario. Por ello concluye afirmando que “la democracia socialista no comienza solamente en la tierra prometida”, sino que debe prefigurarse en el presente, ensayarse como proyecto formativo de autogobierno cotidiano.

Incluso en los momentos más duros y adversos, Rosa no temió ejercitar de manera fraterna y honesta aquella autocrítica reivindicada como vital, en aras de evitar un desencuentro cada vez mayor entre libertad e igualdad, algo que vislumbraba como peligro en la Rusia soviética: “La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que este sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre libertad para el que piensa

de manera diferente”, se atreve a advertirles de manera premonitoria a los camaradas bolcheviques en uno de los párrafos finales de su manuscrito, donde a la vez denuncia la falta de canales de participación real de las masas y la ausencia de debate público en torno a los principales problemas que aquejan al proceso revolucionario. Sin embargo, sus propios compañeros espartaquistas la regañaron y le sugirieron no difundir el escrito producido por ella en la cárcel, por miedo a que le hiciera “el juego a la derecha”.

A contrapelo, para Rosa el análisis autocrítico y (en caso de ser necesaria) la rectificación genuina, constituyen un ejercicio teórico-político ineludible, ya que, según su convicción, flaco favor hace la militancia a los proyectos emancipatorios, si se convierte en mera aplaudidora de sus posibles logros y, “haciendo de la necesidad virtud”, omite sus contradicciones, ambigüedades o errores, por temor a ser excomulgada o considerada “traidora”. Hay que asumirlo de una vez por todas: ausencia de reflexión crítica, estancamiento y dogmatización van de la mano, y de acuerdo a Rosa nos sumergen en un círculo vicioso del que es cada vez más difícil salir.

Por ello, además del ejercicio de la autocritica como una responsabilidad ética de todo/a militante, para ella resultaba imperioso romper con dos flagelos que, de una u otra manera, tienden a permear a buena parte de las organizaciones de izquierda: “recaer en la secta o precipitarse en el movimiento reformista burgués”. Para superar ambos vicios -que por cierto rascan donde ni pica- se requiere según Rosa establecer un nexo dialéctico entre, por un lado, las múltiples luchas cotidianas que despliegan las clases populares y, por el otro, el objetivo final de trastocamiento integral del capitalismo como sistema, de manera tal que cada una de esas resistencias, potenciadas entre sí, devengan mecanismos de ruptura y focos de contrapoder, que aporten al fortalecimiento de una visión estratégica global y reimpulsen, al mismo tiempo, aquellas exigencias y demandas parciales desde una perspectiva de largo aliento.

Esta es, en última instancia, la verdadera diferencia sustancial entre una perspectiva socialista y una de tipo reformista: mientras que la primera considera siempre las

reivindicaciones inmediatas y las conquistas parciales en relación con el proceso histórico contemplado en toda su complejidad y apostando al fortalecimiento de un poder popular y de clase antagónico, en la segunda se evidencia la ausencia total de referencia al conjunto de las relaciones que constituyen a la sociedad capitalista como sistema de dominación múltiple, lo que lleva a desgastarse en la rutina de la pequeña lucha cotidiana por reformas que -al no estar conectadas con el objetivo final de ruptura y superación revolucionaria del orden burgués- terminan perpetuando la subordinación de las clases populares.

En plena ebullición obrera en las calles de Berlín, y pocas horas antes de ser asesinada junto a Karl Liebknecht el 15 de enero de 1919, Rosa no duda en redoblar su confianza en la capacidad autoemancipatoria de las masas, exclamando: “El liderazgo ha fallado. Incluso así, el liderazgo puede y debe ser regenerado desde las masas. Las masas son el elemento decisivo, ellas son el pilar sobre el que se construirá la victoria final de la revolución. Las masas estuvieron a la altura; ellas han convertido esta derrota en una de las derrotas históricas que serán el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y esto es por lo que la victoria futura surgirá de esta derrota”. A la vuelta de la historia, y en un nuevo aniversario que nos convoca a traerla al presente, su herencia se mantiene más viva que nunca en la infinidad de proyectos e iniciativas que germinan, desde abajo y a la izquierda, en diversas latitudes del mundo, con la plena certeza de que muchas derrotas renacerán -más temprano que tarde- como luminosas victorias. Porque las revoluciones venideras serán la conquista del pan, pero también el florecimiento de las Rosas.





*SELECCIÓN DE TEXTOS DE
ROSA LUXEMBURGO*

*Notas introductorias y comentarios
a cargo de Hernán Ouviña*

El colonialismo europeo y los pueblos indígenas de nuestro continente

Rosa dedicó varios años de su vida a la labor educativa en el seno de la Escuela de formación de la socialdemocracia alemana. En su sede ubicada en Berlín, dictó diferentes cursos, entre ellos uno referido a los fundamentos de la Economía Política desde la perspectiva marxista. Durante el tiempo que trabajó como profesora, compartió su mirada y abundante bibliografía con el activismo que asistía atentamente a sus clases (alrededor de 50 por semestre, con quienes debatía en forma acalorada), y ya desde 1908 tuvo la intención de sistematizar estas lecturas en un formato de libro bajo el título de Introducción a la Economía Política. No obstante, diversos contratiempos -como una militancia por demás intensa y la elaboración de otros materiales también urgentes-, le impidieron culminarlo. Y si bien tras su encarcelamiento por su lucha contra la guerra pudo retomar este borrador y pulirlo con mayor detenimiento entre 1916 y 1917, lo cierto es que su asesinato a las pocas semanas de ser liberada de prisión implicó que este texto quede, al igual que muchos otros, en estado manuscrito. Además de brindar una caracterización sencilla y contundente de lo que es la economía política, en sus páginas se evidencia una profunda vocación pedagógica que busca tornar comprensibles -sin vulgarizaciones- algunas de las principales categorías marxistas, a través del uso de numerosos ejemplos históricos, y también dar cuenta de la existencia de sociedades diferentes y opuestas a la capitalista, entre ellas las existentes en nuestro continente previas al proceso de conquista y colonización por parte de las potencias europeas. Lo interesante es que en sus páginas se mofa tanto del supuesto carácter “eterno” de la propiedad privada -algo que demuestra como falso a partir de estudios e investigaciones antropológicas-, como de la ignorancia que subyace a la “sabiduría” de la burguesía europea (sobre todo economistas, pero también historiadores y filósofos) por su incompreensión ante realidades como la de los pueblos indígenas, al tiempo que se atreve a trazar un paralelismo entre estas formas comunitarias de vida social y el “espectro rojo” que encabeza las luchas acontecidas en Europa Occidental durante el siglo XIX.



EL CAPITALISMO, LA COLONIALIDAD Y DESPOJO EN AMÉRICA LATINA

Introducción a la Economía Política

A mediados del siglo XIX, y hasta la década del 70, se hizo pública una abundante documentación que cuestionaba seriamente la noción del carácter eterno de la propiedad privada y de su existencia desde los orígenes del mundo. Una vez que se hubo descubierto el comunismo agrario, primero como una peculiaridad del pueblo germánico, y luego de los eslavos, indios, árabes-kabyles, antiguos mexicanos, y además del país maravilloso de los incas peruanos y en muchos otros grupos “específicos” de pueblos en todos los continentes se llegó forzosamente a la conclusión que este comunismo de aldea no era ninguna “peculiaridad atávica” de una raza o de un continente sino la forma típica general de la sociedad humana en un nivel determinado del desarrollo de la civilización. Al comienzo, la ciencia burguesa oficial, es decir la economía política, opuso a este conocimiento una resistencia tenaz. La escuela inglesa de Smith-Ricardo, predominante en toda Europa en la primera mitad del siglo XIX, negó rotundamente la posibilidad de la propiedad comunal sobre la tierra. Los más grandes genios de la ciencia económica en la época del “racionalismo” burgués se comportaron exactamente como los primeros conquistadores españoles, portugueses, franceses y holandeses que, debido a su gran ignorancia, eran totalmepte incapaces, en la América recientemente descubierta, de comprender las relaciones agrarias de los nativos y, en ausencia de propietarios

privados, declaraban simplemente a todo el país “propiedad del emperador”. Por ejemplo, en el siglo XVII el misionero francés Dubois escribió sobre India lo siguiente: “Los indios no poseen propiedad raíz. Los campos que ellos trabajan son propiedad del gobierno mongol” Y un doctor en medicina de la facultad de Montpellier, el señor François Bernier, que recorrió las tierras del Gran Mongol en Asia y publicó en Amsterdam, en 1699, una descripción muy conocida de estos países, exclama con indignación: “Estos tres estados, Turquía, Persia y la India cercana, han aniquilado el concepto mismo de lo mío y lo tuyo en su aplicación a la propiedad de la tierra, concepto que constituye el fundamento de todo lo bueno y hermoso en el mundo.” En el siglo XIX el sabio James Mill, padre del famoso John Stuart Mill, se dedicó a tratar con la misma ignorancia e incompreensión todo aquello que no tenía aspecto de cultura capitalista, al escribir en su historia de las Indias británicas: “Sobre la base de todos los hechos considerados sólo podemos llegar a la conclusión que la propiedad del suelo en India correspondía al soberano; pues si quisiésemos suponer que no era él el propietario de la tierra, nos resultaría imposible determinar quién era entonces el propietario.” Que la propiedad del suelo correspondía simplemente a las comunidades campesinas indias que lo venían trabajando desde hacía milenios, que podía haber un país, una gran sociedad civilizada, en la cual la tierra no fuese un medio de explotación sino simplemente la base de la existencia de los propios trabajadores, no entraba en absoluto en la cabeza de un gran sabio de la burguesía inglesa. Esta limitación, poco menos que conmovedora, del estrecho horizonte espiritual que delimita la economía capitalista, prueba solamente que la ciencia oficial de la Ilustración burguesa tiene un campo visual y una comprensión de la historia de la civilización infinitamente más estrechos que los romanos de hace casi dos mil años, cuyos generales, como César, e historiadores, como Tácito, nos dejaron análisis y descripciones muy valiosas de las relaciones económicas y sociales de sus vecinos los germanos, relaciones que eran absolutamente extrañas para los romanos.

Como ocurre todavía hoy, la economía política burguesa fue, de todas las ciencias, la que, como guardia protectora espiritual de la forma vigente de explotación, tuvo menos

comprensión para las otras formas culturales y económicas, y estaba reservado a otras ramas de la ciencia que se encuentran algo más apartadas de la oposición directa de intereses y del campo de batalla entre capital y trabajo, el distinguir en las instituciones comunistas de tiempos pretéritos una forma general dominante del desarrollo económico y cultural en cierto nivel de su evolución. Fueron juristas como von Maurer, como Kovalevski y como el profesor inglés de derecho y consejero de estado para India, Sir Henry Maine, quienes reconocieron en primer término en el comunismo agrario una forma primitiva del desarrollo internacional y válida para todos los continentes y todas las razas. Y estaba reservado a un sociólogo de formación jurídica, el norteamericano Morgan, descubrir la necesaria estructura social de la sociedad primitiva como base de esta forma económica de desarrollo. (...)

Las denominaciones “salvajismo” y “barbarie” con los que se acostumbraba denominar sumariamente aquellos estadios sociales, tenían vigencia sólo como conceptos negativos, como designación de la falta de todo lo que se consideraba signo distintivo de la “civilización”, es decir, de la vida culta del hombre. Desde semejante punto de vista lo propiamente culto, la vida social digna del hombre, comenzaba recién con los estados sociales registrados en la historia escrita. Todo lo que correspondía al “salvajismo” y la “barbarie” constituía por así decirlo una simple antecámara vergonzosa y de escasísimo valor de la civilización, una existencia semianimal que la humanidad civilizada de hoy sólo podía contemplar con condescendiente menosprecio. Lo mismo que, para los representantes oficiales de la Iglesia cristiana, todas las religiones primitivas y precristianas no son sino una larga serie de extravíos en la búsqueda de la única religión verdadera por parte de la humanidad, todas las formas económicas primitivas eran, para los economistas, sólo intentos fallidos previos al descubrimiento de la única forma económica verdadera: la propiedad privada y la explotación, con las que se inician la historia escrita y la civilización. Morgan asestó a esta concepción un golpe decisivo al plantear la historia cultural primitiva en su conjunto como una parte de la ininterrumpida escala del desarrollo de la humanidad, infinitamente más importante, tanto por su duración infinitamente

más prolongada que la del diminuto fragmento de la historia escrita, como por las decisivas conquistas de la civilización realizadas justamente en aquella prolongada alborada de la existencia histórica de la humanidad. (...)

La obra de Morgan fue de gran significación para el conocimiento de la historia económica. Demostró que la antigua economía comunista, sólo descubierta hasta entonces en algunos casos particularmente claros, era una regla general del desarrollo cultural, en la etapa de la constitución gentilicia. Con ello quedó demostrado que el comunismo originario y la democracia e igualdad social a él correspondientes son la cuna del desarrollo social. Mediante esta ampliación de los horizontes del pasado prehistórico, estableció que toda la actual civilización con su propiedad privada, su dominación de clase, su dominación masculina, su estado y su matrimonio coercitivo, es sólo una fase breve y temporaria nacida de la disolución de la sociedad comunista originaria, que a su vez será desplazada en el futuro por formas sociales superiores. Con ello Morgan proporcionó al socialismo científico un nuevo y poderoso apoyo. Mientras Marx y Engels demostraban, por la vía del análisis económico del capitalismo, la ineluctabilidad del tránsito histórico de la sociedad a la economía mundial comunista en el futuro próximo, dando con ello una base científica firme a las luchas socialistas, Morgan proporcionó un sólido fundamento a la obra de aquéllos, mostrando que la sociedad comunista-democrática, aunque bajo formas primitivas, abarca todo el largo pasado de la historia de la cultura humana anterior a la civilización actual. La noble tradición del lejano pasado extendió así la mano a los esfuerzos revolucionarios del futuro, el círculo del conocimiento se cerró armónicamente y, desde esta perspectiva, el mundo actual de la dominación de clase y de la explotación, que pretendía ser la totalidad de la cultura, la meta más alta de la historia mundial, se mostró simplemente como una etapa diminuta y pasajera de la gran marcha hacia adelante de la humanidad.

La “comunidad originaria” de Morgan constituyó, por así decirlo, una introducción tardía al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. Con ello, sin embargo, no podía dejar de provocar una reacción en la ciencia burguesa. Dos o tres décadas después de la mitad del siglo, el concepto del comunismo

originario se había abierto camino en la ciencia. Mientras se trataba de respetables “antigüedades jurídicas germánicas”, de “peculiaridades tribales eslavas” o de la exhumación histórica del imperio incaico peruano y cosas semejantes, los descubrimientos no se salían del terreno de las curiosidades científicas inofensivas, privadas de significación actual, sin ligazón directa con los intereses y luchas cotidianas de la sociedad burguesa. A tal punto estadistas firmemente conservadores o moderadamente liberales como Ludwig von Maurer o Sir Henry Maine pudieron ganarse con estos descubrimientos los más grandes méritos. Sin embargo, pronto se produciría esta ligazón y, por cierto, en dos direcciones. Como hemos visto, ya la política colonial había traído consigo un conflicto de intereses tangibles entre el mundo burgués y las condiciones de vida del comunismo primitivo. Cuanto más se extendía el omnímodo poder del régimen capitalista en Europa Occidental desde mediados del siglo XIX, después de las borrascas de la revolución de febrero de 1848, tanto más áspero se tomó aquel conflicto. Además, a partir justamente de la revolución de febrero, otro enemigo desempeñaba en el propio campo de la sociedad burguesa (el movimiento obrero revolucionario) un papel siempre creciente. A partir de las jornadas de junio del año 1848, en París, ya nunca desaparecerá del escenario público el “espectro rojo”, para resurgir en el año 1871 en la lumbre resplandeciente de las luchas de la Comuna, para horror de la burguesía francesa e internacional. A la luz de estas brutales luchas de clase, también el más reciente descubrimiento de la investigación científica (el comunismo primitivo) mostró su peligroso rostro. La burguesía, al haber recibido lacerantes heridas en sus intereses de clase, husmeó una oscura relación entre las antiquísimas tradiciones comunistas que le oponían en los países coloniales la más enconada de las resistencias al avance de la “europeización” ávida de lucro de los aborígenes, y el nuevo evangelio del ímpetu revolucionario de las masas proletarias en los antiguos países capitalistas. Cuando, en la Asamblea Nacional francesa en 1873, iba a ser decidida la suerte de los desdichados árabes de Argelia mediante una ley de introducción coercitiva de la propiedad privada, sonaba sin cesar en esta asamblea (en la que aún vibraban la cobardía y las ansias asesinas de los vencedores de la Comuna de París) la consigna de que era necesario aniquilar a cualquier precio la

antiquísima propiedad comunal de los árabes “como una forma que afianza en los espíritus tendencias comunistas”. Entretanto, en Alemania, las magnificencias del nuevo imperio alemán, la especulación de la era de la fundación y el primer crack capitalista de los años setenta, el régimen de sangre y hierro de Bismarck con su ley contra los socialistas, estimularían al máximo las luchas de clases y quitarían también toda intimidación a la investigación científica. El crecimiento inusitado de la socialdemocracia alemana como encarnación de las teorías de Marx y Engels, aguzó extraordinariamente el instinto de clase de la ciencia burguesa en Alemania, y allí es donde se desató con mayor fuerza la reacción contra las teorías del comunismo originario. Historiadores de la cultura como Lippert y Schurtz, economistas como Bücher, sociólogos como Starcke, Westermarck y Grosse son hoy unánimes en su solícito batallar contra la teoría del comunismo originario, particularmente contra la teoría de Morgan referente a la evolución de la familia y a la dominación (antaño soberana) de la organización a base del parentesco, con su igualdad de sexos y su democracia general. (...)

La economía mundial capitalista se elevó verdaderamente entre dolores y convulsiones de la humanidad entera. Abrazó una rama de la producción tras otra, se apoderó de un país tras otro. Se abrió paso hasta el más distante rincón de la tierra con el vapor y la electricidad, con el fuego y la espada, echó abajo todas las murallas chinas y consagró la unidad económica de la humanidad actual a través de la era de las crisis mundiales, a través de periódicas catástrofes colectivas (...) En la actualidad, nada reviste una significación tan decisiva en cuanto a la conformación global de la vida social y política actual como la abierta contradicción entre este fundamento económico más estrecha y firmemente consolidado cada día que une a todos los pueblos y países en un gran conjunto, por un lado, y por el otro la superestructura política de los estados que trata de dividir artificialmente a los pueblos en otros tantos sectores extraños y hostiles entre sí, mediante puestos fronterizos, barreras aduaneras y el militarismo.

Introducción a la Economía Política, Cuadernos de Pasado y Presente Número 35, Córdoba, 1972. Páginas 88-95.

Las condiciones históricas de la acumulación capitalista y el despojo de las economías naturales como proceso permanente

En su libro La acumulación del capital, publicado en 1913, Rosa postula la necesidad de analizar con ojo crítico el planteo de Marx en El Capital, ya que, de acuerdo a su lectura, lo que formula en él es un esquema teórico que hace abstracción del proceso histórico real a partir del cual se ha configurado -y desde ese entonces se expande y reproduce- el capitalismo como sistema mundial. Para validar su hipótesis, Rosa nos recuerda que Marx en el tercer tomo de su monumental e inconclusa obra -donde expone el proceso total de la producción capitalista- expresa textualmente: “Figurémonos la sociedad entera compuesta únicamente de capitalistas y obreros industriales”, así como en el primer tomo aclara en igual sentido que “para conservar el objeto de investigación en su pureza, libre de circunstancias secundarias que lo perturben, tenemos que considerar y presuponer aquí el mundo total comercial como una nación; tenemos que suponer que la producción capitalista se ha establecido en todas partes”. Sin embargo, según Rosa este esquema no se corresponde con el devenir histórico concreto, ya que “en realidad no ha habido ni hay una sociedad capitalista que se baste a sí misma, en la que domine exclusivamente la producción capitalista”, por lo que es importante dar cuenta de su génesis y constitución poniendo el foco en los territorios y realidades no subsumidas aún a la lógica de acumulación capitalista. Este proceso -por definición violento- implica una dinámica constante de desarticulación de aquellas formas comunitarias y de propiedad colectiva de la tierra (que en palabras de Rosa hacen parte de la “economía natural”) que aún resisten en la periferia del mundo, así como de despojo y privatización de bienes comunes y su conversión en mercancías.



La acumulación del capital

El esquema marxista de la reproducción ampliada no logra explicarnos el proceso de la acumulación tal como se produce en la realidad histórica. ¿A qué se debe esto? Simplemente a los supuestos del mismo esquema. Este esquema pretende exponer el proceso de acumulación, bajo el supuesto de que capitalistas y obreros son los únicos consumidores. Hemos visto que Marx sitúa consecuente y conscientemente, en los tres tomos de *El Capital*, como supuesto teórico de su análisis, el dominio general y exclusivo de la producción capitalista. Bajo estas condiciones no hay, en efecto, lo mismo que en el esquema, más clases sociales que capitalistas y trabajadores; todas las “terceras personas” de la sociedad capitalista: empleados, profesiones liberales, sacerdotes, etc., deben incluirse, como consumidores, en aquellas dos clases, y, preferentemente, en la capitalista. Pero este supuesto es un recurso teórico; en realidad no ha habido ni hay una sociedad capitalista que se baste a sí misma, en la que domine exclusivamente la producción capitalista. Sólo que es perfectamente legítimo, como recurso teórico, cuando no altera las condiciones del problema mismo, sino que ayuda a exponerlo en su pureza. Tal ocurre en el análisis de la reproducción simple del capital social total. Aquí, el problema mismo descansa sobre la ficción siguiente: en una sociedad que produce en forma capitalista, esto es, que engendra plusvalía, la plusvalía entera es consumida por la clase capitalista, que se la apropia. ¿Cómo han de conformarse, en estas condiciones, la producción y reproducción sociales? Aquí, el propio planteamiento del problema presupone que la producción no conoce más consumidores que capitalistas y obreros; se halla, pues, plenamente de acuerdo con el supuesto marxista: dominio general de la producción capitalista. Ambas ficciones coinciden teóricamente. (...)

Por otra parte, no hay ninguna razón por virtud de la cual todos los medios de producción y consumo necesarios hayan de ser elaborados exclusivamente en producción capitalista. Precisamente, este supuesto es básico para el esquema marxista de la acumulación, pero no corresponde a la práctica diaria, ni a la historia del capital, ni al carácter específico de esta forma de producción. En la primera mitad del siglo XIX, la plusvalía salía del proceso de producción, en su mayor

parte, en forma de telas de algodón. Pero los elementos materiales de su capitalización: algodón procedente de los Estados esclavistas de la Unión Americana o cereales (medios de subsistencia para los obreros ingleses) procedentes de los campos de la Rusia con servidumbre de la gleba, representaban, sin duda, plusproducto, mas, de ningún modo, plusvalía capitalista. Hasta qué punto la acumulación capitalista depende de estos medios de producción, no producidos por el capitalismo, lo prueba la crisis algodonera inglesa, causada por el abandono de las plantaciones de algodón sobrevenido durante la guerra de Secesión americana; o la crisis de la lencería europea causada por la interrupción de la importación de lino ruso durante la guerra de Oriente. Por lo demás, basta recordar el papel que en Europa desempeña la importación de cereales no producidos en forma capitalista para el sustento de la masa de obreros industriales (es decir, como elemento del capital variable) para comprender hasta qué punto la acumulación del capital, en sus elementos materiales, se halla ligada, de hecho, a esferas no capitalistas.

Por lo demás, el mismo carácter de la producción capitalista excluye la limitación a los medios de producción elaborados en forma capitalista. Un medio esencial, empleado por el capital individual para aumentar sus beneficios, es la aspiración al abaratamiento de los elementos del capital constante. Por otra parte, el incremento de la productividad del trabajo, que es el método más importante para acrecentar el beneficio, encierra la utilización ilimitada de todas las materias y condiciones que la tierra pone a nuestra disposición, y está ligado a ella. El capital no consiente, por su esencia y su manera de existir, ninguna limitación en este sentido. La producción capitalista, como tal, al cabo de varios siglos de desarrollo, sólo abarca una parte de la producción total de la Tierra; su asiento es, hasta ahora, preferentemente, la pequeña Europa, en la que no ha podido dominar aún esferas completas, como la agricultura campesina, el artesanado independiente. Grandes regiones de Norteamérica y del resto del mundo están también todavía intocadas.

En general, la forma de producción capitalista se halla limitada, hasta ahora, principalmente a los países de la zona templada, y no ha hecho, por ejemplo, en Oriente y en el Sur,

sino progresos relativamente escasos. Por consiguiente, si hubiera tenido que atenerse, exclusivamente, a los elementos de producción suministrados dentro de estos estrechos límites, le hubiera sido imposible llegar a su nivel actual, e incluso no hubiera sido factible su desarrollo. La producción capitalista ha estado calculada, en cuanto a sus formas de movimiento y leyes, desde el principio, sobre la base de la Tierra entera como almacén de fuerzas productivas. En su impulso hacia la apropiación de fuerzas productivas para fines de explotación, el capital recorre el mundo entero; saca medios de producción de todos los rincones de la Tierra; agarrándolos o adquiriéndolos de todos los grados de cultura y formas sociales. La cuestión acerca de los elementos materiales de la acumulación del capital, lejos de hallarse resuelta por la forma material de la plusvalía, producida en forma capitalista, se transforma en otra cuestión: para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es menester que el capital progresivo disponga cada vez en mayor grado de la Tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción.

La apropiación súbita de nuevos territorios de materias primas en cantidad ilimitada, para hacer frente, así, a todas las alternativas e interrupciones eventuales de su importación de antiguas fuentes, como a todos los aumentos súbitos de la demanda social, es una de las condiciones previas, imprescindibles, del proceso de acumulación en su elasticidad. Cuando la guerra de Secesión interrumpió la importación del algodón americano, produciendo en Inglaterra, en el distrito de Lancashire, la famosa “hambre del algodón”, surgieron en tiempo brevísimo, como por arte de encantamiento, nuevas plantaciones enormes de algodón en Egipto. Aquí, era el despotismo oriental, unido al antiquísimo crédito personal de los campesinos, lo que había creado el campo de actuación al capital europeo. Sólo el capital, con sus medios técnicos, puede crear, por arte de magia, en tan breve plazo, semejantes maravillosas revoluciones. Pero sólo en países precapitalistas, que vivan dentro de condiciones sociales primitivas. Sólo en ellos puede desplegar, sobre las fuerzas productivas materiales y humanas, el poder necesario para realizar aquellos milagros. Otro ejemplo de este género es el enorme incremento del consumo mundial de caucho, que

actualmente equivale anualmente a un suministro regular de goma en bruto por valor de 1.000 millones de marcos. Las bases económicas de esta producción de materias primas son los sistemas primitivos de explotación practicados por el capital europeo, lo mismo en las colonias africanas que en América, países que representan diversas combinaciones de esclavitud y servidumbre de la gleba.¹

Ha de hacerse notar que, cuando anteriormente suponíamos que la primera o la segunda sección, sólo realizaban en medios no capitalistas su plusproducto, tomábamos el caso más favorable para el examen del esquema de Marx, que muestra, en su pureza, las relaciones de la reproducción. En realidad, nada nos impide suponer que también es realizado fuera de los círculos capitalistas una parte del capital constante y variable en el producto de la sección correspondiente. Según esto, puede realizarse, tanto la ampliación de la producción como la renovación de parte de los elementos de producción consumidos, con productos de zonas no capitalistas. Lo que nos proponíamos poner en claro con los ejemplos anteriores es el hecho de que, por lo menos, la plusvalía destinada a capitalizarse, y la parte de la masa de productos capitalistas que a ella corresponde, no pueden realizarse dentro de los círculos capitalistas, y, necesariamente, han de buscar su clientela fuera de estos círculos, en capas y formas sociales que no produzcan en forma capitalista.

Así, pues, entre cada uno de los períodos de producción en que se produce plusvalía, y la acumulación siguiente en que ésta se capitaliza, hay dos transacciones distintas: la de la formación de la plusvalía en su pura forma de valor (la realización), y la transformación de esta forma pura de valor en forma de capital productivo. Ambas transacciones se verifican entre la producción capitalista y el mundo no capitalista

1 Las últimas revelaciones del Libro Azul inglés sobre las prácticas de la Peruvian Amazon Co. Ltd. en Putumayo, han mostrado que el capital internacional sabe colocar a los indígenas, sin necesidad de la forma política del régimen colonial, en el territorio de la república libre del Perú, en una situación lindante con la esclavitud, para arrebatar así, en una explotación en gran escala, medios de producción de países primitivos. Desde 1900, la mencionada sociedad, perteneciente a capitalistas ingleses y extranjeros, había arrojado unas 4.000 toneladas de caucho sobre el mercado de Londres. En el mismo período de tiempo murieron 30.000 indígenas y la mayoría de los 10.000 restantes quedaron convertidos en inválidos.

que la circunda. Así, pues, desde ambos puntos de vista, el de la realización de la plusvalía y el de la adquisición de los elementos del capital constante, el comercio mundial es una condición histórica de vida del capitalismo; comercio mundial que, en las circunstancias concretas, es, esencialmente, un trueque entre las formas de producción capitalistas y las no capitalistas.

Hasta ahora, sólo hemos considerado la acumulación desde el punto de vista de la plusvalía y del capital constante. El tercer factor fundamental de la acumulación es el capital variable. La acumulación progresiva va acompañada de un capital variable creciente. En el esquema de Marx aparece en el producto social como forma material correspondiente a una masa creciente de medios de subsistencia para los trabajadores. Pero el verdadero capital variable, no son los medios de subsistencia de los trabajadores, sino la fuerza de trabajo viva para cuya reproducción son necesarios aquellos medios. Por consiguiente, entre las condiciones fundamentales de la acumulación, figura un incremento de trabajo vivo adecuado a sus necesidades, y que es puesto en movimiento por el capital. El incremento de esta cantidad se consigue en parte en cuanto las circunstancias lo permiten (prolongando la jornada de trabajo e intensificando el trabajo). Pero este aumento del trabajo vivo no se manifiesta en ninguno de los dos casos, o sólo lo hace en escasa medida (como salario por horas extraordinarias) en el crecimiento del capital variable. Aparte de esto, ambos métodos encuentran límites determinados bastante estrechos; obstáculos, en parte naturales, en parte sociales, que no pueden vencer. Por consiguiente, el crecimiento progresivo del capital variable, que acompaña a la acumulación, ha de expresarse en un aumento del número de obreros ocupados. ¿Pero de dónde vienen estos obreros adicionales?

En el análisis de la acumulación del capital individual, Marx responde de este modo a la pregunta: “Ahora bien, para hacer que estos elementos entren en funciones como capital, la clase capitalista necesita contar con nueva afluencia de trabajo. No pudiendo aumentar extensiva o intensivamente la explotación de los obreros que ya trabajan, es forzoso incorporar a la producción fuerzas de

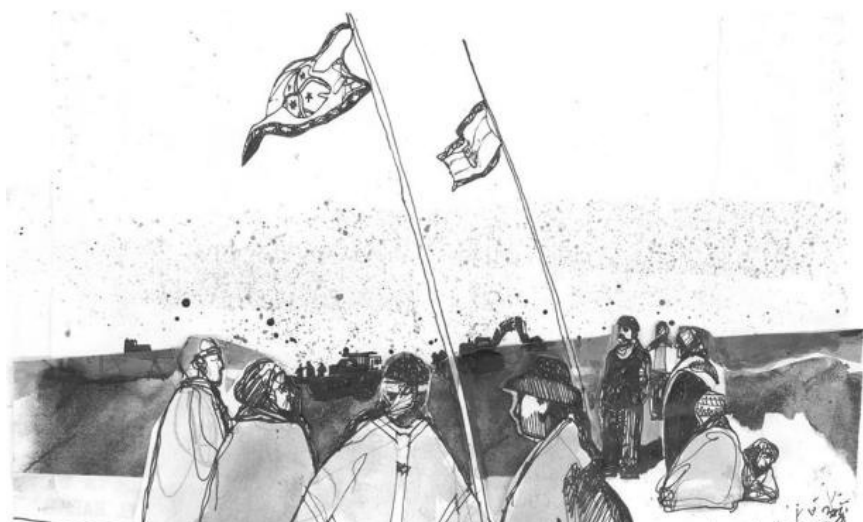
trabajo adicionales. El mecanismo de la propia producción capitalista se cuida también de resolver este problema, al reproducir a la clase obrera como una clase supeditada al salario, cuyos ingresos normales bastan no sólo para asegurar su conservación, sino también para garantizar su multiplicación. Lo único que tiene que hacer el capital es incorporar a los medios de producción adicionales contenidos ya en la producción anual estas fuerzas de trabajo supletorias que la clase obrera le suministra todos los años, en diferentes edades, y con ello se habrá operado la conversión de la plusvalía en capital.”²

El capitalismo viene al mundo y se desarrolla históricamente en un medio social no capitalista. (...) En todas las formaciones de economía natural –unidades campesinas primitivas con propiedad comunal de la tierra, relaciones de servidumbre feudal u otras cualquiera- lo decisivo es la producción para el propio consumo, y de aquí que la demanda de mercancías extrañas no exista o sea escasa, y, por regla general, no haya sobrante de productos propios, o al menos, ninguna necesidad apremiante de dar salida a productos sobrantes. Pero lo más importante todavía es que todas las formas de producción de economía natural descansan, de un modo o de otro, en una sujeción, tanto de los medios de producción, como de los trabajadores. Las comunidades campesinas, como los señores feudales, etc., basan su organización económica en el encadenamiento del medio de producción

2 Marx, Carlos, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1972, páginas 489 y 490. Análogamente, en este otro pasaje: “Por tanto, una parte de la plusvalía y otra del plusproducto correspondientes han de transformarse primeramente en medios de subsistencia, en capital variable, esto es, hay que comprar con ellas nuevo trabajo. Esto sólo es posible aumentando el número de los trabajadores, o prolongando la jornada de trabajo... Pero esto no puede considerarse como medios constantes de acumulación. La población trabajadora puede aumentar transformando, previamente, trabajadores improductivos en productivos, o trayendo al proceso de producción elementos de población que antes no trabajaban: mujeres y niños, mendigos. (Prescindimos aquí del último punto). Finalmente, por el crecimiento absoluto de la población. Para que la acumulación constituya un proceso constante, continuado, este crecimiento absoluto de la población es condición necesaria, aunque disminuya relativamente frente al capital empleado. El aumento de población aparece como la base de acumulación de un proceso continuado. Pero esto presupone un salario medio, que permita un crecimiento constante de la población trabajadora, y no la mera reproducción de la misma” (*Teorías sobre la plusvalía*, II, Parte 2ª, “Transformación de la renta en capital.”, página 243)

más importante –la tierra– así como de los trabajadores, por el derecho y la tradición. De este modo, la economía natural ofrece rígidas barreras, en todos los sentidos, a las necesidades del capital. De aquí que el capital haya de emprender, ante todo y dondequiera, una lucha a muerte contra la economía natural en la forma histórica en que se presente (...) En esta lucha, los métodos principalmente empleados son: la violencia política (revolución, guerra), la presión tributaria del Estado y la baratura de las mercancías. Estos métodos marchan unas veces paralelos, otras se suceden y apoyan mutuamente. (...)

En la acumulación primitiva, esto es, en los primeros comienzos históricos del capitalismo de Europa a fines de la Edad Media y hasta entrado el siglo XIX, la liberación de los campesinos constituye, en Inglaterra y en el continente, el medio más importante para transformar en capital la masa de medios de producción y obreros. Pero en la política colonial moderna el capital realiza, actualmente, la misma tarea en una escala mucho mayor. Es una ilusión esperar que el capitalismo llegue a conformarse alguna vez con los medios de producción que puede obtener por el camino del comercio de mercancías. La dificultad de este punto consiste en que, en grandes zonas de la superficie explotable de la Tierra, las fuerzas productivas están en poder de formaciones sociales que, o no se hallan inclinadas al comercio de mercancías, o



no ofrecen los medios de producción más importantes para el capital, porque las formas de propiedad y toda la estructura social las excluyen de antemano. En este grupo hay que contar, ante todo, el suelo, con su riqueza mineral en el interior, y sus praderas, bosques y fuerzas hidráulicas en la superficie, así como los rebaños de los pueblos primitivos dedicados al pastoreo. (...)

De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales. Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemáticos de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta hoy. (...)

El capital no tiene, para la cuestión, más solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy. Pero como en todos estos casos se trata de ser o no ser, para las sociedades primitivas no hay otra actitud que la de la resistencia y lucha a sangre y fuego, hasta el total agotamiento o la extinción (...) El método violento es, aquí, el resultado directo del choque del capitalismo con las formaciones de economía natural que ponen trabas a su acumulación.

***La acumulación del capital*, Editorial Grijalbo,
México, 1967. Páginas 266/273-277/283-285.**

La polémica con el reformismo

El intelectual socialista Eduard Bernstein (1850-1932) publica entre 1896 y 1898, una serie de artículos en la revista Die Neue Zeit (La Nueva Era), órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, posteriormente reunidos en formato de libro bajo el título de Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia, que inauguran la polémica en torno al revisionismo, y propugnan el debate político con respecto a la caducidad de las -según él- principales tesis del marxismo: 1) la teoría del hundimiento “automático” del capitalismo a partir de sus propias contradicciones internas; 2) la teoría del empobrecimiento o pauperización (tanto absoluta como relativa) del proletariado; 3) la teoría de la conquista del poder mediante una insurrección violenta. Como respuesta, Rosa elabora un conjunto de artículos que primero se difunden en un periódico socialista del este alemán (debido a que por su tono crítico, son rechazados en los órganos oficiales del Partido), y en 1900 se compilan en formato de libro con el nombre de ¿Reforma social o revolución? En rigor, Bernstein no hacía sino explicitar en términos teóricos lo que ya era una práctica cotidiana de la socialdemocracia y de los sindicatos, quienes más allá de su retórica revolucionaria, tendían a absolutizar al parlamentarismo y a las acciones reivindicativas como estrategia de lucha en sí, disociadas completamente del horizonte emancipatorio anticapitalista.



ESTRATEGIA Y ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA

¿Reforma o revolución?

A primera vista, el título de esta obra puede provocar sorpresa. ¿Es posible que la socialdemocracia se oponga a las reformas? ¿Podemos contraponer la revolución social, la transformación del orden imperante, nuestro objetivo final, a la reforma social? De ninguna manera. La lucha cotidiana por las reformas, por el mejoramiento de la situación de los obreros en el marco del orden social imperante y por instituciones democráticas ofrece a la socialdemocracia el único medio de participar en la lucha de la clase obrera y de empeñarse en el sentido de su objetivo final: la conquista del poder político y la supresión del trabajo asalariado. Entre la reforma social y la revolución existe, para la socialdemocracia, un vínculo indisoluble. La lucha por reformas es el medio; la revolución social, el fin.

Es en la teoría de Eduard Bernstein, expuesta en sus artículos acerca de “problemas del socialismo”, *Neue Zeit* 1897-1898, y en su libro *Las premisas para el socialismo y las tareas de la Socialdemocracia*, que encontramos por primera vez la oposición de ambos factores en el movimiento obrero. Su teoría tiende a aconsejarnos que renunciemos a la transformación social, objetivo final de la socialdemocracia, y hagamos de la reforma social, el medio de la lucha de clases, su fin último. El propio Bernstein lo ha dicho claramente y en su estilo habitual: “El objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento es todo”.

Pero puesto que el objetivo final del socialismo es el único factor decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia y el radicalismo burgueses, el único factor que transforma la movilización obrera de conjunto de vano esfuerzo por reformar el orden capitalista en lucha de clases contra ese orden, para suprimir ese orden, la pregunta “reforma o revolución”, tal como la plantea Bernstein es, para la socialdemocracia, el “ser o no ser”. En la controversia con Bernstein y sus correligionarios, todo el partido debe comprender claramente que no se trata de tal o cual método de lucha, del empleo de tal o cual táctica, sino de la existencia misma del movimiento socialdemócrata. (...)

La segunda premisa para la realización gradual del socialismo es, según Bernstein, la evolución del Estado en la sociedad. Ya es un lugar común afirmar que el Estado imperante es un Estado clasista. A esto, al igual que a todo lo que se refiere a la sociedad capitalista, no hay que entenderlo de manera rigurosa y absoluta sino dialécticamente. El Estado se volvió capitalista con el triunfo de la burguesía. El desarrollo capitalista modifica esencialmente la naturaleza del Estado, ampliando su esfera de acción, imponiéndole nuevas funciones constantemente (sobre todo en lo que afecta a la vida económica), haciendo cada vez más necesaria su intervención y control de la sociedad. En este sentido, el desarrollo capitalista prepara poco a poco la fusión futura del Estado y la sociedad. Prepara, por así decirlo, la devolución de la función del Estado a la sociedad. Siguiendo esta línea de pensamiento puede hablarse de evolución del Estado capitalista en la sociedad, y esto es indudablemente lo que Marx tenía en mente cuando se refirió a la legislación laboral como la primera intervención consciente de la “sociedad” en el proceso social vital, frase en la que Bernstein se apoya muchísimo.

Pero, por otra parte, el mismo desarrollo capitalista efectúa otra transformación en la naturaleza del Estado. El Estado existente es, ante todo, una organización de la clase dominante. Asume funciones que favorecen específicamente el desarrollo de la sociedad porque dichos intereses y el desarrollo de la sociedad coinciden, de manera general, con los intereses de la clase dominante y en la medida en que esto es así. La legislación laboral se promulga tanto para servir a los

intereses inmediatos de la clase capitalista como para servir a los intereses de la sociedad en general. Pero esta armonía impera sólo hasta cierto momento del desarrollo capitalista. Cuando éste ha llegado a cierto nivel, los intereses de clase de la burguesía y las necesidades del avance económico empiezan a chocar, inclusive en el sentido capitalista. Creemos que esta fase ya ha comenzado. (...)

En el choque entre el desarrollo capitalista y los intereses de la clase dominante, el Estado se alinea junto a ésta. Su política, como la de la burguesía, entra en conflicto con el proceso social. Así, va perdiendo su carácter de representante del conjunto de la sociedad y se transforma, al mismo ritmo, en un Estado puramente clasista. O, hablando con mayor precisión, ambas cualidades se distancian más y más y se encuentran en contradicción en la naturaleza misma del Estado. Esta contradicción se vuelve progresivamente más aguda. Porque, por un lado, tenemos el incremento de las funciones de interés general del Estado, su intervención en la vida social, su “control” de la sociedad. Pero, por otra parte, su carácter de clase lo obliga a trasladar el eje de su actividad y sus medios de coerción cada vez más hacia terrenos que son útiles únicamente para el carácter de clase de la burguesía, pero ejercen sobre la sociedad en su conjunto un efecto negativo, como en el caso del militarismo y de las políticas aduanera y colonial. Además, el control social que ejerce el Estado se ve a la vez imbuido y dominado por su carácter de clase (ver cómo se aplica la legislación laboral en todos los países).

La extensión de la democracia, en la que Bernstein ve un medio para realizar gradualmente el socialismo, no contradice, antes bien corresponde en todo a la transformación sufrida por el Estado. Konrad Schmidt afirma que la conquista de una mayoría socialdemócrata en el parlamento lleva directamente a la “socialización” gradual de la sociedad. (...) En esta sociedad, las instituciones representativas, democráticas en su forma, son en su contenido instrumentos de los intereses de la clase dominante. Ello se manifiesta de manera tangible en el hecho de que apenas la democracia tiende a negar su carácter de clase y transformarse en instrumento de los verdaderos intereses de la población, la burguesía y sus representantes estatales sacrifican las formas democráticas.

Es por eso que la concepción de la conquista de una mayoría parlamentaria reformista es un cálculo de espíritu netamente burgués liberal que se ocupa de un solo aspecto -el formal- de la democracia, pero no tiene en cuenta el otro: su verdadero contenido. En definitiva, el parlamentarismo no es directamente un elemento socialista que va impregnando gradualmente el conjunto de la sociedad capitalista. Es, por el contrario, una forma específica del Estado clasista burgués, que ayuda a madurar y desarrollar los antagonismos existentes del capitalismo. (...)

No es cierto que el socialismo surgirá automáticamente de la lucha diaria de la clase obrera. El socialismo será consecuencia de (1) las crecientes contradicciones de la economía capitalista y (2) la comprensión por parte de la clase obrera de la inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social. Cuando, a la manera del revisionismo, se niega la primera premisa y se repudia la segunda, el movimiento obrero se ve reducido a un mero movimiento cooperativo y reformista. Aquí nos desplazamos en línea recta al abandono total de la perspectiva clasista. (...)

El revisionismo no propone eliminar las contradicciones mediante una transformación revolucionaria. Quiere disminuir, atenuar las contradicciones capitalistas. De modo que el antagonismo que existe entre la producción y el cambio se reducirá mediante la terminación de las crisis y la formación de cárteles capitalistas. El antagonismo entre el capital y el trabajo será resuelto mejorando la situación de la clase obrera y conservando las clases medias. Y la contradicción entre el Estado clasista y la sociedad quedará liquidada a través del incremento del control estatal y el progreso de la democracia. (...)

Al hacer de la renuncia al objetivo socialista una condición esencial para la resurrección de la democracia burguesa, demuestra cuan inexacta es la afirmación de que la democracia burguesa es una condición indispensable para el movimiento socialista y la victoria del socialismo. El razonamiento de Bernstein cae en un círculo vicioso. La conclusión se traga las premisas. La solución es bien simple. Visto que el liberalismo burgués ha vendido su alma por miedo a la creciente movilización obrera y a su objetivo final, llegamos a la

conclusión de que el movimiento obrero socialista es hoy el único puntal de aquello que no es el objetivo del movimiento socialista: la democracia. Debemos sacar la conclusión de que la democracia no tiene otro apoyo. Debemos sacar la conclusión de que el movimiento socialista no está atado a la democracia burguesa, sino que, por el contrario, la suerte de la democracia está atada al movimiento socialista. De ello debemos concluir que la democracia no adquiere mayores posibilidades de sobrevivir en la medida en que la clase obrera renuncia a la lucha por su emancipación, sino que, por el contrario, la democracia adquiere mayores posibilidades de supervivencia a medida que el movimiento socialista se vuelve lo suficientemente fuerte como para luchar contra las consecuencias reaccionarias de la política mundial y la desertión burguesa de la democracia. Quien desee el fortalecimiento de la democracia, debe también desear el fortalecimiento, y no el debilitamiento, del movimiento socialista. Quien renuncia a la lucha por el socialismo, renuncia también a la movilización obrera y a la democracia. (...)

La reforma legislativa y la revolución no son métodos diferentes de desarrollo histórico que puedan elegirse a voluntad del escarapate de la historia, así como uno opta por salchichas frías o calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes factores del desarrollo de la sociedad de clases. (...)

En la historia de las clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ya existe. La reforma no posee una fuerza propia, independiente de la revolución. (...) Va en contra del proceso histórico presentar la obra reformista como una revolución prolongada a largo plazo y la revolución como una serie condensada de reformas. La transformación social y la reforma legislativa no difieren por su duración sino por su contenido. El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la transformación de la simple modificación cuantitativa en una nueva cualidad o, más concretamente, en el pasaje de un periodo histórico de una forma dada de sociedad a otra.

Es por ello que quienes se pronuncian a favor del método de la reforma legislativa *en lugar de* la conquista del poder político y la revolución social *en oposición a éstas*, en realidad no

optan por una vía más tranquila, calma y lenta hacia el *mis-*mo objetivo, sino por un objetivo *diferente*. En lugar de tomar partido por la instauración de una nueva sociedad, lo hacen por la modificación superficial de la vieja sociedad. Siguiendo las concepciones políticas del revisionismo, llegamos a la misma conclusión que cuando seguimos las concepciones económicas del revisionismo. Nuestro programa no es ya la realización del socialismo sino la reforma del capitalismo; no es la supresión del trabajo asalariado, sino la reducción de la explotación, es decir, la supresión de los abusos del capitalismo en lugar de la supresión del propio capitalismo. (...)

La toma del poder político por el proletariado, es decir, por una gran clase popular, no se produce artificialmente. Presupone (con excepción de casos tales como la Comuna de París, en la que el proletariado no obtuvo el poder tras una lucha consciente por ese objetivo, sino que éste cayó en sus manos como una cosa buena abandonada por todos los demás) un grado específico de madurez de las relaciones económicas y políticas. He aquí la diferencia esencial entre los golpes de Estado según la concepción blanquista, realizados por una “minoría activa” y que estallan como un pistolazo, siempre en un momento inoportuno, y la conquista del poder político por una gran masa popular consciente, que sólo puede ser producto de la descomposición de la sociedad burguesa y, por tanto, lleva en su seno la legitimación política y económica de su aparición en el momento oportuno. (...)

Es imposible pensar que una transformación tan grandiosa como es el pasaje de la sociedad capitalista a la sociedad socialista pueda realizarse de un plumazo feliz. Considerar esa



posibilidad es, nuevamente, darles crédito a concepciones claramente blanquistas. La transformación socialista supone una lucha prolongada y tenaz, en el curso de la cual es bastante probable que el proletariado sufra más de una derrota, de modo que la primera vez, desde el punto de vista del resultado final de la lucha, necesariamente llegará al poder “inoportunamente”. (...)

La marcha del proletariado, a escala histórica mundial, hasta su victoria final no es, por cierto, “tan simple”. El carácter peculiar de este movimiento reside precisamente en el hecho de que, por primera vez en la historia, las masas populares, en oposición a las clases dominantes, deben imponer su voluntad, pero fuera de la sociedad imperante, más allá de la sociedad existente. Las masas sólo pueden forjar esta voluntad en lucha constante contra el orden existente. La unión de las amplias masas populares con un objetivo que trasciende el orden social imperante, la unión de la lucha cotidiana con la gran tarea de la transformación del mundo: tal es la tarea del movimiento socialdemócrata, que lógicamente debe avanzar a tientas entre dos rocas: abandonar el carácter de masas del partido o abandonar su objetivo final, caer en el reformismo burgués o en el sectarismo, anarquismo u oportunismo. El arsenal teórico de la doctrina marxista forjó hace más de medio siglo armas que sirven para combatir ambos extremos por igual. Pero, puesto que nuestro movimiento es un movimiento de masas y puesto que los peligros que lo acechan no derivan del cerebro humano sino de las condiciones sociales, la doctrina marxista no podía vacunarnos, a priori y para siempre, contra las tendencias anarquistas y oportunistas. Sólo las podremos vencer cuando pasemos del campo de la teoría al campo de la práctica, pero sólo con las armas que nos legó Marx.

¿Reforma o Revolución?, en Obras Escogidas,
Editorial Pluma, 1976, Buenos Aires. Páginas 48-
49/68-69/75/96-97/102-103.

La organización revolucionaria y la relación dialéctica entre dirección y masas

Luego de la acalorada polémica entablada con Bernstein y sus tesis reformistas, Rosa enfoca su interés en el crecimiento y consolidación del movimiento socialista en Rusia. Entiende que no es viable una organización revolucionaria exclusivamente polaca (ya que no se trata, a esa altura, de impulsar una liberación de Polonia como “nación”, sino de confluir en un mismo proyecto emancipatorio que involucre también a la clase trabajadora rusa), por lo que las discusiones acerca de la estrategia y las formas organizativas del flamante Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), creado a comienzos de siglo XX, resultan prioritarias. En este marco, Rosa escribe “Problemas organizativos de la socialdemocracia”, artículo que aparece simultáneamente en Neue Zeit (revista teórica de la socialdemocracia alemana) y en Iskra (órgano central del POSDR) en 1904, y que constituye una dura respuesta a dos documentos elaborados por Vladimir Ilich Lenin (1870-1924): ¿Qué hacer? y Un paso adelante, dos pasos atrás. El primero de ellos, uno de los más conocidos, había sido producido antes del segundo congreso del POSDR (1903), mientras que el segundo es un análisis de dicho congreso. Como es sabido, en él se produjo un arduo debate en torno al nivel de apertura y democracia interna, así como el grado de centralización, que debía tener la organización, y cómo eso se expresaría en sus estatutos, lo que lleva a una votación donde se genera una división entre dos sectores: el bolchevique y el menchevique (que significan, respectivamente, “mayoría” y “minoría” en ruso).



Problemas de organización de la socialdemocracia rusa

Una de las verdades más permanentes y venerables es la de que el movimiento socialdemócrata de los países subdesarrollados tiene que aprender del movimiento más antiguo de los países avanzados. Frente a esta opinión mantenemos nosotros otra: la de que de igual manera pueden beneficiarse los partidos socialdemócratas antiguos y avanzados de un contacto más estrecho con los partidos hermanos más nuevos. Así como el economista marxista —a diferencia de los economistas clásicos burgueses y, especialmente, de los economistas vulgares— no consideran que todos los estadios económicos anteriores al orden económico capitalista sean simples formas “subdesarrolladas” en comparación con la cúspide de la creación, sino tipos históricos y distintos de formaciones económicas por derecho propio, de igual modo para el político marxista los distintos movimientos sociales son individualidades históricas concretas para sí en su diferente grado de desarrollo.

Y cuanto más identificamos los mismos rasgos fundamentales de la socialdemocracia en toda la diversidad de sus circunstancias sociales distintas, tanto más evidente se nos hace lo esencial, lo básico y lo principal del movimiento socialdemócrata, con tanta mayor determinación superamos toda limitación provinciana de nuestro punto de vista. (...)

¿Cómo efectuar la transición del tipo de organización característico de las etapas preparatorias del movimiento socialista —por regla general, grupos y clubes locales sin vinculaciones entre sí— a la unidad de una gran organización nacional, apta para la acción política concertada en todo el inmenso territorio dominado por el Estado ruso? Tal es el problema específico que la socialdemocracia rusa viene estudiando desde hace un tiempo.

La autonomía y el aislamiento son las características más notables de la vieja forma de organización. Se comprende, por tanto, que la consigna de quienes quieren una organización nacional amplia sea: “¡Centralismo!”

El centralismo es el eje de la campaña que el grupo Iskra desarrolla desde hace tres años. El resultado de esta campaña

fue el congreso de agosto de 1903, llamado Segundo Congreso de la socialdemocracia rusa, pero que fue, en realidad, su asamblea constituyente. En el congreso del partido quedó claro que el término “centralismo” no soluciona completamente el problema organizativo de la socialdemocracia rusa. Una vez más aprendimos que ninguna fórmula rígida puede ser solución de nada en el movimiento socialista.

Un paso adelante, dos pasos atrás de Lenin, el gran representante del grupo *Iskra*, es una exposición metódica de las ideas de la tendencia ultracentralista en el movimiento ruso. El punto de vista que este libro presenta con incomparable vigor y rigor lógico es el del centralismo implacable. Se eleva a la altura de un principio la necesidad de seleccionar y organizar a todos los revolucionarios activos, diferenciándolos de la masa desorganizada, aunque revolucionaria, que rodea a esta élite. La tesis de Lenin es que el Comité Central del partido debe gozar del privilegio de elegir a todos los organismos de dirección local. Debe poseer también el derecho de elegir los ejecutivos de tales organismos, desde Ginebra a Lieja, de Tomsk a Irkutsk, y de imponerles a todos sus normas de conducta partidaria. Tiene que contar con el derecho de decidir, sin apelación, cuestiones tales como la disolución y reconstitución de las organizaciones locales. De esta manera el Comité Central podría decidir a voluntad la composición de los organismos más importantes y del propio congreso. El Comité Central sería el único organismo pensante en el partido. Los demás serían sus brazos ejecutores.

Lenin argumenta que la combinación del movimiento socialista de masas con una organización tan rigidamente centralizada constituye un principio científico del marxismo revolucionario. Presenta en apoyo de esta tesis una serie de argumentos que pasaremos a considerar. En términos generales, es innegable que una fuerte tendencia a la centralización es inherente al movimiento socialdemócrata. Esta tendencia surge de la estructura económica del capitalismo, que constituye generalmente un factor centralizador. El movimiento socialdemócrata realiza su actividad en la gran ciudad burguesa. Su misión consiste en representar, dentro de las fronteras del estado nacional, los intereses de clase del proletariado y oponerlos a todos los intereses locales o sectoriales.

Por tanto, la socialdemocracia generalmente es hostil a toda manifestación de localismo o federalismo. Busca unificar a todos los obreros y organizaciones obreras en un partido único, por encima de sus diferencias nacionales, religiosas o laborales. La socialdemocracia abandona este principio en favor del federalismo sólo en circunstancias excepcionales, como en el caso del Imperio Austrohúngaro.

Es claro que la socialdemocracia rusa no debe organizarse como conglomerado federativo de muchos grupos nacionales. Debe constituirse en partido único para todo el imperio. Pero eso no es lo que está en discusión aquí. Lo que estamos considerando es el grado de centralización necesario dentro del partido ruso unificado para hacer frente a la situación peculiar bajo la cual debe funcionar.

Considerándolo desde el punto de vista de las tareas formales de la socialdemocracia en su carácter de partido para la lucha de clases aparece a primera vista que el poder y la energía del partido dependen directamente de la posibilidad de centralizarlo. Sin embargo, estas tareas formales son válidas para todos los partidos militantes. En el caso de la socialdemocracia son menos importantes que la influencia de las circunstancias históricas.

La socialdemocracia es el primer movimiento en la historia de las sociedades de clase que se apoya, en todo momento y para toda su actividad, en la organización y movilización, directas e independientes de las masas. En virtud de ello la socialdemocracia crea un tipo de organización completamente distinta de las que eran comunes a los movimientos revolucionarios anteriores, tales como la de los jacobinos o los partidarios de Blanqui.

Lenin parece menospreciar este hecho cuando afirma en su libro que el socialdemócrata revolucionario no es sino “un jacobino indisolublemente ligado a la organización del proletariado, que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase”. Para Lenin, la diferencia entre la socialdemocracia y el blanquismo se reduce al comentario de que en lugar de un puñado de conspiradores tenemos un proletariado con conciencia de clase. Olvida que esa concepción entraña una revisión total de

nuestras ideas sobre organización y, por tanto, una concepción completamente distinta del centralismo y de las relaciones que imperan entre el partido y la lucha misma.

El blanquismo no contaba con la acción directa de la clase obrera. Por lo tanto, no necesitaba organizar al pueblo para la revolución. Se esperaba que el pueblo cumpliera su papel únicamente en el momento mismo de la revolución. La preparación de la revolución concernía únicamente al grupito de revolucionarios que se armaban para dar el golpe. Más aun, para garantizar el éxito de la conspiración revolucionaria se consideraba que lo más inteligente era mantener a la masa un tanto apartada de los conspiradores. Los blanquistas podían tener esa concepción porque no había contacto estrecho entre la actividad conspirativa de su organización y las luchas cotidianas de las masas populares. Las tácticas y las tareas concretas de los blanquistas tenían poco que ver con la lucha de clases más elemental. Las improvisaban libremente. Por eso las resolvían a priori y les daban la forma de un plan ya elaborado. La consecuencia fue que los militantes de la organización se convertían en simples brazos ejecutores, que cumplían las órdenes previamente fijadas fuera del ámbito de su actividad. Se convertían en instrumentos del Comité Central. He aquí la segunda particularidad del centralismo conspirativo: el sometimiento ciego y absoluto de la base del partido a la voluntad del centro, y la extensión de dicha autoridad a todos los sectores de la organización.

Pero la actividad socialdemócrata se realiza en condiciones totalmente distintas. Surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se difunde y desarrolla bajo la siguiente contradicción dialéctica: el ejército proletario es reclutado y adquiere conciencia de sus objetivos en el curso de la lucha. La actividad de la organización partidaria y la conciencia creciente de los obreros sobre los objetivos de la lucha y sobre la lucha misma no son elementos diferentes, separados mecánicamente y cronológicamente. Son distintos aspectos del mismo proceso. Salvo los principios generales de la lucha, para la socialdemocracia no existe un conjunto detallado de tácticas que un Comité Central enseña al partido de la misma manera que las tropas reciben su instrucción en el campo de entrenamiento. Además, la influencia de la socialdemocracia fluctúa constantemente con los flujos y reflujos de la lucha

en cuyo transcurso se crea y desarrolla el partido. Por ello el centralismo socialdemócrata no puede basarse en la subordinación mecánica y la obediencia ciega de los militantes a la dirección. Por ello el movimiento socialdemócrata no puede permitir que se levante un muro hermético entre el núcleo consciente del proletariado que ya está en el partido y su entorno popular, los sectores sin partido del proletariado.

Ahora bien, el centralismo de Lenin descansa precisamente en estos dos principios: 1) Subordinación ciega, hasta el último detalle, de todas las organizaciones al centro, que es el único que decide, piensa y guía. 2) Rigurosa separación del núcleo de revolucionarios organizados de su entorno social revolucionario. Semejante centralismo es una trasposición mecánica de los principios organizativos del blanquismo al movimiento de masas de la clase obrera socialista. Es desde este punto de vista que Lenin define al “socialdemócrata revolucionario” como “un jacobino unido a la organización del proletariado que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase”. Pero es un hecho que la socialdemocracia no está unida al proletariado. Es el proletariado. Y por ello el centralismo socialdemócrata es distinto del centralismo blanquista. Puede ser sólo la voluntad concentrada de los individuos y grupos representantes de los sectores más conscientes, activos y avanzados de la clase obrera. Es, por así decirlo, el “auto-centralismo” de los sectores más avanzados del proletariado. Es el predominio de la mayoría dentro de su propio partido.

Las condiciones indispensables para la implantación del centralismo socialdemócrata son: 1) la existencia de un gran contingente de obreros educados en la lucha política, 2) la posibilidad de que los obreros desarrollen su actividad política a través de la influencia directa en la vida pública, en la prensa del partido, en congresos públicos, etcétera.

Estas condiciones no están dadas en Rusia. La primera —una vanguardia proletaria, consciente de sus intereses de clase, capaz de autodirigirse en la lucha política— recién está surgiendo en Rusia. Toda la agitación y organización socialistas deben apuntar a apurar la formación de esa vanguardia. La segunda condición sólo puede existir en un régimen

de libertades políticas. Lenin discrepa violentamente con estas conclusiones. Está convencido de que en Rusia ya están dadas las condiciones para la creación de un partido poderoso y centralizado. Declara que “ya no son los proletarios, sino algunos intelectuales quienes necesitan educarse en materia de organización y disciplina”. Ensalza la influencia de la fábrica, que, según él, acostumbra al proletariado a la “disciplina y organización”. Con ello Lenin parece demostrar una vez más que su concepción de la organización socialista es bastante mecanicista. La disciplina que visualiza Lenin ya está siendo aplicada, no sólo en la fábrica, sino también por el militarismo y por la burocracia estatal existente: por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.

Utilizamos mal las palabras y nos autoengañamos cuando aplicamos el mismo término —disciplina— a nociones tan disímiles como son la ausencia de pensamiento y voluntad en un cuerpo con mil manos y pies que se mueven automáticamente, y la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de un grupo de hombres. ¿Qué tienen en común la regulada docilidad de una clase oprimida y la autodisciplina y organización de una clase que lucha por su emancipación? La autodisciplina de la socialdemocracia no es el simple reemplazo de la autoridad de la burguesía dominante por la autoridad de un Comité Central socialista. La clase obrera será consciente de la nueva disciplina, la autodisciplina libre de la socialdemocracia, no como resultado de la disciplina que le impone el Estado capitalista sino extirpando de raíz los viejos hábitos de obediencia y servilismo. El centralismo socialista no es un factor absoluto aplicable a cualquier etapa del movimiento obrero. Es una tendencia, que se vuelve real en proporción al desarrollo y educación política adquiridos por la clase obrera en el curso de su lucha. Va de suyo que la ausencia de las condiciones necesarias para la completa realización de este tipo de centralismo en el movimiento ruso constituye un obstáculo tremendo. Es un error creer que es posible sustituir “provisoriamente” el poder absoluto de un Comité Central (que actúa de alguna manera por “elección tácita”) por la todavía irrealizable dirección de la mayoría de obreros conscientes del partido y reemplazar así el control abierto de las masas obreras sobre los organismos del partido por el del Comité Central sobre el proletariado revolucionario.

La historia del movimiento ruso nos señala el dudoso valor de semejante centralismo. Un centro todopoderoso investido, como quiere Lenin, con el derecho ilimitado de controlar e intervenir, sería absurdo si se limitara su autoridad a problemas técnicos como el de la administración de las finanzas, la distribución de tareas entre los propagandistas y agitadores, el transporte y difusión de la literatura. El objetivo político de un organismo con poderes tan enormes se entiende sólo si esos poderes se aplican a la elaboración de un plan uniforme para la acción, si el centro revolucionario toma la iniciativa de una gran actividad revolucionaria.

Pero, ¿cuál ha sido la experiencia del movimiento obrero ruso hasta ahora? El cambio más importante y fructífero producto de su táctica política durante los diez últimos años no ha sido el surgimiento de grandes dirigentes ni menos aún de grandes organismos organizativos. Estos siempre aparecieron como consecuencia espontánea de la fermentación del movimiento. Fue así en la primera etapa del movimiento proletario en Rusia, que empezó con la huelga general espontánea de San Petesburgo de 1896, acontecimiento que señala el comienzo de una era de luchas económicas del pueblo ruso. Ocurrió lo mismo en el periodo siguiente, iniciado por las manifestaciones callejeras espontáneas de los estudiantes petersburgueses, en marzo de 1901. La huelga general de Rostov, en 1903, que inició el siguiente gran viraje táctico del movimiento proletario ruso, también fue un acto espontáneo. “Por sí sola” la huelga dio lugar a manifestaciones políticas, agitación callejera, grandes mítines al aire libre, cosas que el revolucionario más optimista no hubiera soñado unos años antes.

Nuestra causa efectuó grandes avances durante estos acontecimientos. Sin embargo, la iniciativa y la dirección consciente de la socialdemocracia desempeñaron un papel insignificante. Es cierto que las organizaciones no estaban preparadas para eventos de tanta magnitud. Sin embargo, este hecho no explica el papel poco importante de los revolucionarios. Ni se lo puede atribuir a la ausencia del aparato partidario central todopoderoso que exige Lenin. La existencia de ese centro probablemente hubiera incrementado la desorganización de los comités locales al acentuar

la diferencia entre el avance ávido de las masas y la línea prudente de la socialdemocracia. El mismo fenómeno —el papel insignificante que desempeñaron los organismos centrales del partido en la elaboración de la línea táctica— se observa hoy en Alemania y otros países. En general, no se puede “inventar” la táctica de la socialdemocracia. Es el producto de una serie de grandes actos creadores de una lucha de clases a menudo espontánea que busca la manera de avanzar. (...)

Si le otorgamos, como quiere Lenin, poderes absolutos de carácter negativo al órgano más encumbrado del partido fortalecemos peligrosamente el conservadorismo inherente a dicho organismo. Si la táctica del partido socialista no ha de ser creada por un Comité Central sino por todo el partido o, mejor dicho, por todo el movimiento obrero, es claro que las secciones y federaciones del partido necesitan la libertad de acción que les permita desarrollar su iniciativa revolucionaria y utilizar todos los recursos que ofrece la situación. El ultracentralismo que pide Lenin está colmado del espíritu estéril del capataz, no de un espíritu positivo y creador. A Lenin le preocupa más controlar el partido que hacer más fructífera la actividad del mismo; estrechar el movimiento antes que desarrollarlo, atarlo antes que unificarlo. (...)

Pero por nuestra concepción general de la naturaleza de la organización socialdemócrata, creemos que se justifica que deduzcamos que su espíritu requiere —sobre todo al comienzo de la formación del partido de masas— la coordinación y unificación del movimiento y no su subordinación rígida a un reglamento. Si el partido posee el don de la flexibilidad política, complementado por la lealtad absoluta a los principios y la preocupación por la unidad, podemos estar tranquilos respecto a que cualquier defecto en el estatuto del partido se corregirá en la práctica. Para nosotros, no es la letra sino el espíritu vivo que los militantes llevan a la organización lo que decide el valor de tal o cual forma de organización. (...)

El parlamentarismo burgués es la base social de los fenómenos que observa Lenin en los movimientos socialistas alemán, francés e italiano. Este parlamentarismo es el caldo de cultivo de todas las tendencias oportunistas que existen en

la socialdemocracia occidental. El tipo de parlamentarismo que tenemos ahora en Francia, Italia y Alemania proporciona terreno para las ilusiones del oportunismo actual, tales como la sobrevaloración de las reformas sociales, la colaboración de clases y partidos, la fe en una evolución pacífica hacia el socialismo, etcétera. Esto ocurre al colocar a los intelectuales, como parlamentarios, por encima del proletariado, y separándolos del proletariado dentro del propio partido socialista. Con el crecimiento del movimiento obrero, el parlamentarismo se vuelve un trampolín para los oportunistas políticos. Por eso tantos fracasados con ambiciones de la burguesía corren a cobijarse bajo la bandera de los partidos socialistas. Otra fuente del oportunismo contemporáneo la constituyen los grandes medios materiales con que cuenta la socialdemocracia, y la influencia de las grandes organizaciones socialdemócratas. (...)

Si aceptamos el punto de vista que Lenin considera propio y tememos la influencia de los intelectuales en el movimiento, no podemos concebir mayor peligro para el partido ruso que el plan organizativo de Lenin. Nada contribuirá tanto al sometimiento de un joven movimiento obrero a una élite intelectual ávida de poder que este chaleco de fuerza burocrático, que inmovilizará al partido y lo convertirá en un autómatas manipulado por un Comité Central. En cambio, no puede haber garantía más efectiva contra la intriga oportunista y la ambición personal que la acción revolucionaria independiente del proletariado, cuyo resultado es que los obreros adquieren el sentido de la responsabilidad política y la confianza en sí mismos. Lo que hoy es un fantasma que ronda la imaginación de Lenin puede convertirse en realidad mañana. (...)

El movimiento internacional del proletariado hacia su emancipación total es un proceso peculiar en este sentido: por primera vez en la historia de la civilización el pueblo expresa su voluntad conscientemente y en oposición a todas las clases dominantes. Pero esta voluntad puede satisfacerse únicamente fuera de los marcos del sistema imperante. Ahora bien, las masas sólo pueden adquirir y fortalecer esta voluntad en el curso de su lucha cotidiana contra el orden social existente: es decir, dentro de los límites de la sociedad capitalista. Por un

lado, las masas; por el otro, su objetivo histórico, situado fuera de la sociedad imperante. Por un lado, la lucha cotidiana; por el otro, la revolución social. Tales los términos de la contradicción dialéctica por la cual avanza el movimiento socialista. De ahí se desprende que la mejor manera en que puede avanzar el movimiento es oscilando entre los dos peligros que lo acechan constantemente. Uno es la pérdida de su carácter masivo; el otro, el abandono del objetivo. Uno es el peligro de retrotraerse al estado de secta; otro, el peligro de convertirse en un movimiento para la reforma social burguesa.

Por eso es ilusorio, y va en contra de la experiencia histórica, esperar fijar de una vez por todas la orientación de la lucha socialista revolucionaria con métodos formales, que se supone defenderán al movimiento obrero de toda posibilidad de desviación oportunista. La teoría marxista es un arma segura para reconocer y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero el movimiento socialista es un movimiento de masas, sus peligros no son producto de las maquinaciones insidiosas de individuos y grupos, surgen de situaciones sociales inevitables. No podemos resguardarnos por adelantado contra todas las posibilidades de desviación oportunista. Sólo el movimiento puede superar esos peligros, con la ayuda de la teoría marxista, sí, pero recién después de que esos peligros se hayan hecho tangibles. Desde este punto de vista el oportunismo aparece como un producto y una fase inevitable del desarrollo histórico del movimiento obrero. (...)

En vista de ello, nos resulta increíble la afirmación de que es posible evitar el oportunismo escribiendo determinadas palabras en lugar de otras en el estatuto partidario. El intento de conjurar el oportunismo con un pedazo de papel puede resultar sumamente dañino, no para el oportunismo sino para el movimiento socialista. Si se detiene el pulso natural de un organismo viviente, se lo debilita y se disminuyen sus posibilidades de resistencia y su espíritu combativo, en este caso no sólo contra el oportunismo sino también (y esto reviste una gran importancia, por cierto) contra el orden social existente. Los medios propuestos se vuelven contra los fines a los que se supone deberían servir. En la ansiedad de Lenin por implantar la dirección de un Comité Central omnisciente

y todopoderoso para proteger a un movimiento obrero tan joven y prometedor contra cualquier paso en falso reconocemos los síntomas del mismo subjetivismo que ya le ha hecho más de una mala pasada al pensamiento socialista de Rusia. Divierte observar los tumbos que ha debido dar el respetable “ego” humano en la historia rusa reciente. Tirado en el suelo, casi reducido a polvo por el absolutismo ruso, el “ego” se venga dedicándose a la actividad revolucionaria. Reviste la forma de un comité de conspiradores que, en nombre de una Voluntad Popular inexistente, se sienta en una especie de trono y proclama su omnipotencia. Pero el “objeto” resulta ser el más fuerte. El *knut* triunfa porque el poder zarista parece ser la expresión “legítima” de la historia.

Con el tiempo vemos aparecer en escena un hijo todavía más “legítimo” de la historia: el movimiento obrero ruso. Por primera vez están sentadas las bases para una verdadera “voluntad popular” en tierra rusa. Pero, ¡hete aquí nuevamente el “ego” del revolucionario ruso! Haciendo piruetas cabeza abajo, se proclama una vez más director todopoderoso de la historia. Esta vez con el título de Su Excelencia el Comité Central del Partido Social Demócrata Ruso. El ágil acróbata no percibe que el único “sujeto” que merece el papel de director es el “ego” colectivo de la clase obrera. La clase obrera exige el derecho de cometer sus errores y aprender en la dialéctica de la historia.

Hablemos claramente. Históricamente, los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del Comité Central más astuto.

Problemas de organización de la socialdemocracia rusa, en Obras Escogidas, Editorial Ayuso, Madrid, 1978. Páginas 111-112. Problemas de organización de la socialdemocracia rusa, en Obras Escogidas, Editorial Pluma, 1976, Buenos Aires. Páginas 140-157.

El feminismo socialista como bandera

Es un debate aún abierto en qué medida Rosa Luxemburgo puede ser considerada feminista. Lecturas superficiales de su obra han querido desestimar esa faceta y postular que fue totalmente ajena a las luchas en favor de la liberación de las mujeres, aunque lo cierto es que su propia lucha como mujer, en un mundo dominado por hombres -incluso al interior de organizaciones de izquierda permeadas por la misoginia y la exclusión deliberada de las mujeres de los ámbitos de poder- resulta en sí misma un ejemplo digno de destacar. Si bien no son abundantes los textos donde aborde el tema, Rosa tuvo a lo largo de su vida militante y personal una sensibilidad particular por las reivindicaciones que, en aquel entonces, eran la bandera principal del movimiento feminista, aunque se cuidó de no disociar estas exigencias de la dinámica general de la lucha de clases. Además de romper en su cotidianeidad y sus relaciones amorosas con los prejuicios propios de la época, fue compañera de organización y amiga personal de Clara Zetkin (1857-1933), principal activista y propagandizadora a escala europea de un feminismo de carácter socialista. Junto a ella, Rosa participó de la Primera Conferencia de Mujeres celebrada en 1907, e impulsó un vasto movimiento anti-bélico en Alemania y en otros países, compuesto principalmente por mujeres trabajadoras, que le costó largos meses de encierro en más de una ocasión. “El voto femenino y la lucha de clases” es el discurso pronunciado por ella en las Segundas Jornadas de Mujeres Socialdemócratas, realizadas en Stuttgart en mayo de 1912, mientras que el artículo que le sucede fue publicado bajo el título de “La proletaria” en un periódico socialista de Berlín. Finalmente, la breve y emotiva semblanza acerca de Rosa Luxemburgo, fue escrita por Clara Zetkin a modo de homenaje el mismo año en que fue asesinada.



LA LUCHA DE LAS MUJERES

El voto femenino y la lucha de clases

«¿Por qué no hay organizaciones de mujeres trabajadoras en Alemania? ¿Por qué se sabe tan poco del movimiento de mujeres obreras?». Con estas palabras Emma Ihrer, una de las fundadoras del movimiento de mujeres proletarias en Alemania, introducía en 1898 su obra *Mujeres obreras en la lucha de clases*. Apenas han transcurrido catorce años desde entonces, y el movimiento de mujeres proletarias ha conocido una gran expansión. Más de 150 mil trabajadoras sindicadas constituyen el núcleo más activo en la lucha económica del proletariado. Muchos miles de mujeres políticamente organizadas se han alineado tras la bandera de la socialdemocracia: el órgano de las mujeres socialdemócratas [Die Gleichheit, editado por Clara Zetkin] tiene más de 100 mil suscriptoras; el voto femenino es uno de los puntos vitales del programa de la social democracia.

Pero es posible que precisamente estos datos lleven a algunos a subestimar la importancia de la lucha por el sufragio femenino. Pueden pensar: aun sin la igualdad de derechos políticos del sexo débil hemos hecho enormes progresos tanto en la educación como en la organización de las mujeres. Por lo tanto, el voto femenino no es ninguna necesidad urgente. Quien piense así, se equivoca. El extraordinario despertar político y sindical de las masas proletarias femeninas

en los últimos quince años ha sido posible sólo gracias a que las mujeres trabajadoras, a pesar de estar privadas de sus derechos, se interesaron vivamente por las luchas políticas y parlamentarias de su clase. Hasta este momento, las mujeres proletarias viven del voto masculino, en el que indudablemente toman parte, aunque de forma indirecta. Las campañas electorales son una causa común de los hombres y de las mujeres de la clase obrera. En todos los mítines electorales de la socialdemocracia las mujeres constituyen ya una gran parte, a veces incluso la mayoría. Siempre están interesadas y se sienten apasionadamente implicadas. En todos aquellos distritos en que existe una fuerte organización socialdemócrata, las mujeres ayudan en la campaña. Y son las mujeres las que llevan a cabo el inestimable trabajo de distribuir panfletos y recoger suscripciones para la prensa socialdemócrata, esa arma tan importante en las campañas.

El Estado capitalista no ha podido evitar que las mujeres del pueblo asuman todas estas obligaciones y esfuerzos en la vida política. Paso a paso, el Estado se ha visto obligado a garantizarles los derechos de asociación y de reunión. Sólo les niega el último derecho político: el derecho al voto, que les permita elegir directamente a los representantes populares en el parlamento y en la administración, y que les permita ser, asimismo, un miembro electo de estos cuerpos. Pero aquí, como en todos los ámbitos de la sociedad, el lema es: «¡Ojo con empezar cosas nuevas!» Pero las cosas ya han empezado. El actual Estado claudicó ante las mujeres proletarias al admitirlas en las asambleas públicas y en las asociaciones políticas. Pero el Estado no cedió aquí por voluntad propia, sino por necesidad, bajo la presión irresistible del auge de la clase obrera. Y fue también el apasionado empuje de las mujeres proletarias mismas lo que forzó al Estado policiaco pruso-germano a renunciar al famoso «sector de mujeres» [el «sector de mujeres» instituido en 1902 por el ministro prusiano Von Hammerstein obligaba a reservar en las reuniones políticas una sección especial para las mujeres] en las reuniones y abrir las puertas de las organizaciones políticas a las mujeres. La bola de nieve empezaba a rodar más deprisa. Gracias al derecho de asociación y de reunión las mujeres proletarias han tomado una parte activísima en la vida parlamentaria y en las campañas electorales. La

consecuencia inevitable, el resultado lógico del movimiento es que hoy millones de mujeres proletarias reclaman desafiantes y llenas de confianza: ¡Queremos el voto!

Hace tiempo, en la maravillosa era del absolutismo pre-1848, se decía que la clase obrera no estaba lo «suficientemente madura» para tener derechos políticos. Esto no puede decirse de las mujeres proletarias actualmente, porque han demostrado sobradamente su madurez política. Todo el mundo sabe que, sin ellas, sin la ayuda entusiasta de las mujeres proletarias, el partido socialdemócrata no habría alcanzado la brillante victoria del 12 de enero [1912], no habría obtenido los 4 1/4 millones de votos. En cualquier caso, la clase obrera siempre ha tenido que demostrar su madurez para las libertades políticas por medio de un movimiento de masas revolucionario. Sólo cuando el Emperador por la Gracia de Dios y cuando los mejores y más nobles hombres de la nación sintieron realmente el calloso puño del proletariado en su carne y su rodilla en sus pechos, sólo entonces entendieron inmediatamente la «madurez» política del pueblo. Hoy les toca a las mujeres proletarias evidenciar su madurez al estado capitalista; y ello mediante un constante y poderoso movimiento de masas que debe utilizar todos los medios de la lucha proletaria.

El objetivo es el voto femenino, pero el movimiento de masas para conseguirlo no es tarea para las mujeres solamente, sino una responsabilidad común de clase, de las mujeres y de los hombres del proletariado. Porque la actual ausencia de derechos de las mujeres en Alemania es sólo un eslabón de la cadena de la reacción: la monarquía. En la moderna Alemania, de capitalismo avanzado y altamente industrializada, del siglo veinte, en la era de la electricidad y de los aviones, la falta de derechos políticos para la mujer es un residuo del pasado muerto pero también el resultado del dominio del Emperador por la Gracia de Dios. Ambos fenómenos -el instrumento divino como el poder más importante de la vida política, y la mujer, casta en un rincón de su casa, indiferente a las tormentas de la vida pública, a la política y a la lucha de clases- hunden sus raíces en las podridas condiciones del campo y de los gremios en la ciudad. En aquellos tiempos eran justificables y necesarios. Pero tanto la

monarquía como la falta de derechos de la mujer, han sido desbordados por el desarrollo del capitalismo moderno, son hoy ridículas caricaturas. Pero siguen en pie en nuestra sociedad moderna no porque la gente olvidara abolirlos, ni tampoco a causa de la persistencia e inercia de las circunstancias. No, todavía existen porque ambos -la monarquía, y la mujer privada de sus derechos- se han convertido en instrumentos poderosos en manos de los enemigos del pueblo. Los peores y más brutales defensores de la explotación y esclavización del proletariado se atrincheran tras el trono y el altar, pero también tras la esclavitud política de las mujeres. La monarquía y la falta de derechos de la mujer se han convertido en los instrumentos más importantes de la dominación capitalista de clase.

En realidad, se trata para el Estado actual de negar el voto a las mujeres obreras, y sólo a ellas. Teme, acertadamente, que puedan ser una amenaza para las instituciones tradicionales de la dominación de clase, por ejemplo, para el militarismo (del que ninguna mujer obrera con cabeza puede dejar de ser su enemiga mortal), la monarquía, el sistema fraudulento de impuestos sobre la alimentación y los medios de vida, etc. El voto femenino aterra al actual Estado capitalista porque tras él están los millones de mujeres que reforzarían al enemigo interior, es decir, a la socialdemocracia. Si se tratara del voto de las damas burguesas, el Estado capitalista lo considerará como un apoyo para la reacción. La mayoría de estas mujeres burguesas, que actúan como leonas en la lucha contra los «privilegios masculinos», se alinearían como dóciles corderitos en las filas de la reacción conservadora y clerical si tuvieran derecho al voto. Serían incluso mucho más reaccionarias que la parte masculina de su clase. A excepción de las pocas que tienen alguna profesión o trabajo, las mujeres de la burguesía no participan en la producción social. No son más que co-consumidoras de la plusvalía que sus hombres extraen del proletariado. Son los parásitos de los parásitos del cuerpo social. Y los consumidores son a menudo mucho más crueles que los agentes directos de la dominación y la explotación de clase a la hora de defender su «derecho» a una vida parasitaria. La historia de todas las grandes luchas revolucionarias lo confirma de una forma horrible. La gran Revolución francesa, por ejemplo. Tras la

caída de los jacobinos, cuando Robespierre fue llevado al lugar de la ejecución, las mujeres de la burguesía triunfante bailaban desnudas en las calles, bailaban de gozo alrededor del héroe caído de la revolución. Y en 1871, en París, cuando la heroica Comuna obrera fue aplastada por los cañones, las radiantes mujeres de la burguesía fueron incluso más lejos que sus hombres en su sangrienta venganza contra el proletariado derrotado. Las mujeres de las clases propietarias defenderán siempre fanáticamente la explotación y la esclavitud del pueblo trabajador gracias al cual reciben indirectamente los medios para su existencia socialmente inútil.

Económica y socialmente, las mujeres de las clases explotadoras no son un sector independiente de la población. Su única función social es la de ser instrumentos para la reproducción natural de las clases dominantes. Por el contrario, las mujeres del proletariado son económicamente independientes y socialmente tan productivas como el hombre. Pero no en el sentido de que con su trabajo doméstico ayuden a que los hombres puedan, con su miserable salario, mantener la existencia cotidiana de la familia y criar a los hijos. Este tipo de trabajo no es productivo en el sentido del actual orden económico capitalista, a pesar de que, en mil pequeños esfuerzos, arroje como resultado una prestación gigantesca en autosacrificio y gasto de energía. Pero éste es asunto privado del proletariado, su felicidad y su bendición, y por ello inexistente para nuestra sociedad actual. Mientras domine el capital y el trabajo asalariado, sólo el trabajo que produce plusvalía, que crea beneficio capitalista, puede considerarse trabajo productivo. Desde este punto de vista, la bailarina del music-hall cuyas piernas suponen un beneficio para el bolsillo del empresario, es una trabajadora productiva, mientras que el del grueso de mujeres y madres proletarias dentro de las cuatro paredes de sus casas se considera improductivo. Esto puede parecer brutal y demente, pero corresponde exactamente a la brutalidad y la demencia del actual sistema económico capitalista, y aprehender clara y agudamente esta realidad brutal es la primera tarea de las mujeres proletarias.

Porque precisamente desde este punto de vista la reivindicación de la mujer proletaria por la igualdad de derechos

políticos está firmemente anclada sobre bases económicas. Hoy millones de mujeres proletarias crean beneficio capitalista como los hombres -en las fábricas, en las tiendas, en el campo, en la industria doméstica, en las oficinas, en almacenes. Son, por lo tanto, productivas en el sentido estricto de la sociedad actual. Cada día aumenta el número de mujeres explotadas por el capitalismo, cada nuevo progreso industrial o técnico crea nuevos puestos de trabajo para mujeres en el ámbito de la maquinaria del beneficio capitalista. Y con ello cada día y cada avance industrial supone una nueva piedra en la firme fundamentación de la igualdad de derechos políticos de las mujeres. La educación y la inteligencia de la mujer se han hecho necesarios para el mecanismo económico. La típica mujer del «círculo familiar» patriarcal ya no responde a las necesidades de la industria y del comercio ni a las necesidades de la vida política. Claro que también en este aspecto el Estado capitalista ha olvidado sus deberes. Hasta ahora han sido los sindicatos y las organizaciones socialdemócratas las que más han hecho por el despertar espiritual y moral de las mujeres. Hace décadas que los obreros socialdemócratas eran ya conocidos como los más capaces e inteligentes. También hoy han sido los sindicatos y la socialdemocracia los que han sacado a las mujeres proletarias de su estrecha y triste existencia, de su miserable e insípida vida doméstica. La lucha de clases proletaria ha ampliado sus horizontes, las ha hecho más flexibles, ha desarrollado su mente, y les ha ofrecido grandes objetivos que justifiquen sus esfuerzos. El socialismo ha supuesto el renacimiento espiritual para las masas proletarias femeninas y con ello también las ha convertido, sin duda alguna, en una fuerza de trabajo más capaz y productiva para el capital.

Considerando todo lo dicho, la falta de derechos políticos de la mujer proletaria es una vil injusticia, porque además ha llegado a ser, hoy en día, una verdad a medias, dado que las mujeres masivamente toman parte activa en la vida política. Sin embargo, la socialdemocracia no utiliza en su lucha el argumento de la «injusticia». Ésta es la diferencia sustancial entre nosotros y el socialismo utópico, sentimental, de antes. Nosotros no dependemos de la justicia de la clase dominante, sino sólo del poder revolucionario de las masas obreras y del curso del desarrollo social que abona el camino para

este poder. Así pues, la injusticia, en sí misma, no es ciertamente un argumento para acabar con las instituciones reaccionarias. Pero cuando el sentimiento de injusticia se apodera cada vez más de amplios sectores de la sociedad -dice Friedrich Engels, el cofundador del socialismo científico- es siempre una señal segura de que las bases económicas de la sociedad se tambalean considerablemente, y de que las actuales condiciones están en contradicción con el curso del desarrollo. El actual y poderoso movimiento de millones de mujeres proletarias que consideran su falta de derechos políticos como una vergonzosa injusticia, es una señal infalible de que las bases sociales del orden existente están podridas y de que sus días están contados.

Hace cien años, el francés Charles Fourier, uno de los primeros grandes propagadores de los ideales socialistas, escribió estas memorables palabras: «En toda sociedad, el grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general». Esto es totalmente cierto para nuestra sociedad. La actual lucha de masas en favor de los derechos políticos de la mujer es sólo una expresión y una parte de la lucha general del proletariado por su liberación. En esto radica su fuerza y su futuro. Porque gracias al proletariado femenino, el sufragio universal, igual y directo para las mujeres supondría un inmenso avance e intensificación de la lucha de clases proletaria. Por esta razón la sociedad burguesa teme el voto femenino, y por esto también nosotros lo queremos conseguir y lo conseguiremos.

Luchando por el voto de la mujer, aceleramos al mismo tiempo la hora en que la actual sociedad se desmorona en pedazos bajo el martillo del proletariado revolucionario.

El pensamiento de Rosa Luxemburgo, Ediciones del Serbal, Madrid, 1983. Páginas 281-287.



Semblanza de Clara Zetkin acerca de Rosa*

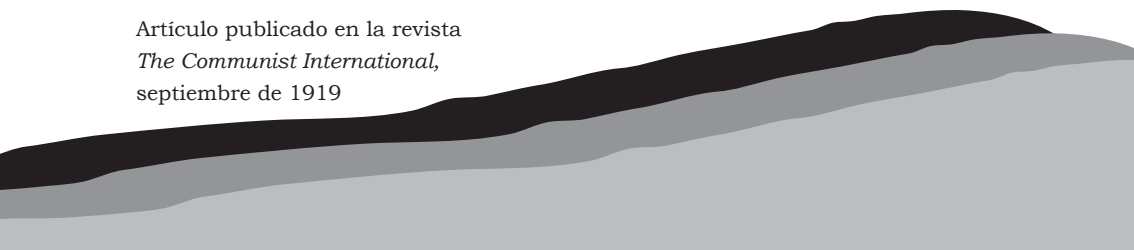
En Rosa Luxemburgo vivía una indomable voluntad. Dueña siempre de sí, sabía atizar en el interior de su espíritu la llama dispuesta a brotar cuando hiciese falta, y no perdía jamás su aspecto sereno e imparcial. Acostumbrada a dominarse a sí misma, podía disciplinar y dirigir el espíritu de los demás. Su sensibilidad exquisita la movía a buscar asideros para no dejarse arrastrar por las impresiones externas; pero bajo aquella apariencia de temperamento reservado, se escondía un alma delicada, profunda, apasionada, que no sólo abrazaba como suyo a todo lo humano, sino que se extendía también a todo ser viviente, pues para ella el universo formaba un todo armónico y orgánico. ¡Cuántas veces aquella a quien llamaban “Rosa la sanguinaria”, toda fatigada y abrumada de trabajo, se detenía y volvía atrás para salvar la vida de un insecto extraviado entre la hierba! Su corazón estaba abierto a todos los dolores humanos. No carecía nunca de tiempo ni de paciencia para escuchar a cuantos acudían a ella buscando ayuda y consejo. Para sí, no necesitaba nunca nada y se privaba con gusto de lo más necesario para dárselo a otros.

Severa consigo misma, era toda indulgencia para con sus amigos, cuyas preocupaciones y penas la entristecían más que sus propios pesares, Su fidelidad y su abnegación estaban por encima de toda prueba. Y aquella a quién se tenía por una fanática y una sectaria, rebozaba cordialidad, ingenio y buen humor cuando se encontraba rodeada de sus amigos. Su conversación era el encanto de todos. La disciplina que se había impuesto y su natural pundonor le habían enseñado a sufrir apretando los dientes. En su presencia parecía desvanecerse todo lo que era vulgar y brutal. Aquel cuerpo pequeño, frágil y delicado albergaba una energía sin igual. Sabía exigir siempre de sí misma el máximo esfuerzo y jamás fallaba. Y cuando se sentía a punto de sucumbir al agotamiento de sus energías, imponíase para descansar un trabajo todavía más pesado. El trabajo y la lucha le infundían alientos. De sus labios rara vez salía un “no puedo”; en cambio, el “debo” a todas horas. Su delicada salud y las adversidades no hacían mella en su espíritu. Rodeada de peligros y de contrariedades, jamás perdió la seguridad en sí misma. Su alma libre vencía los obstáculos que la cercaban.

Mehring tiene harta razón cuando dice que Luxemburgo era la más genial discípula de Carlos Marx. Tan claro como profundo, su pensamiento brillaba siempre por su independencia; ella no necesitaba someterse a las fórmulas rutinarias, pues sabía juzgar por sí misma el verdadero valor de las cosas y de los fenómenos. Su espíritu lógico y penetrante se enriquecía con la instrucción de las contradicciones que ofrece la vida. Sus ambiciones personales no se colmaban con conocer a Marx, con dominar e interpretar su doctrina; necesitaba seguir investigando por cuenta propia y crear sobre el espíritu del maestro. Su estilo brillante le permitía dar realce a sus ideas. Sus tesis no eran jamás demostraciones secas y áridas, circunscritas en los cuadros de la teoría y de la erudición. Chispeantes de ingenio y de ironía, en todas ellas vibraba su contenida emoción y todas revelaban una inmensa cultura y una fecunda vida interior. Luxemburgo, gran teórica del socialismo científico, no incurría jamás en esa pedantería libresca que lo aprende todo en la letra de molde y no sabe de más alimento espiritual que los conocimientos indispensables y circunscritos en su especialidad; su gran afán de saber no conocía límites y su amplio espíritu, su aguda sensibilidad, la llevaban a descubrir en la naturaleza y en el arte fuentes continuamente renovadas de goce y de riqueza interior.

En el espíritu de Rosa Luxemburgo el ideal socialista era una pasión avasalladora que todo lo arrollaba; una pasión, a la par, del cerebro y del corazón, que la devoraba y la acuciaba a crear. La única ambición grande y pura de esta mujer sin par, la obra de toda su vida, fue la de preparar la revolución que había de dejar el paso franco al socialismo. El poder vivir la revolución y tomar parte en sus batallas, era para ella la suprema dicha. Con una voluntad férrea, con un desprecio total de sí misma, con una abnegación que no hay palabras con qué expresar, Rosa puso al servicio del socialismo todo lo que era, todo lo que valía, su persona y su vida. La ofrenda de su vida, a la idea, no la hizo tan sólo el día de su muerte; se la había dado ya trozo a trozo, en cada minuto de su existencia de lucha y de trabajo. Por esto podía legítimamente exigir también de los demás que lo entregaran todo, su vida incluso, en aras del socialismo. Rosa Luxemburgo simboliza la espada y la llama de la revolución, y su nombre quedará grabado en los siglos como el de una de las más grandiosas e insignes figuras del socialismo internacional.

Artículo publicado en la revista
The Communist International,
septiembre de 1919



La mujer trabajadora

El día de la Mujer trabajadora inaugura la semana de la Socialdemocracia. Con el duro trabajo de estas jornadas el partido de los desposeídos sitúa su columna femenina a la vanguardia para sembrar la semilla del socialismo en nuevos campos. Y la igualdad de derechos políticos para la mujer es el primer clamor que lanzan las mujeres con el fin de reclutar nuevos defensores de las reivindicaciones de toda la clase obrera.

Así, la moderna proletaria se presenta hoy en la tribuna pública como la fuerza más avanzada de la clase obrera y al mismo tiempo de todo el sexo femenino, y emerge como la primera luchadora de vanguardia desde hace siglos. *La mujer del pueblo ha trabajado muy duramente desde siempre.* En la horda primitiva llevaba pesadas cargas, recogía alimentos; en la aldea primitiva sembraba cereales, molía, hacía cerámica; en la antigüedad era la esclava de los patrios y alimentaba a sus retoños con su propio pecho; en la Edad Media estaba atada a la servidumbre de las hilanderías del señor feudal. Pero desde que la propiedad privada existe la mujer del pueblo trabaja casi siempre lejos del gran taller de la producción social y, por lo tanto, lejos también de la cultura, quedando confinada a los estrechos límites domésticos de una existencia familiar miserable. El capitalismo la ha arrojado al yugo de la producción social, a los campos ajenos, a los talleres, a la construcción, a las oficinas, a las fábricas y a los almacenes separándola por primera vez de la familia. La mujer burguesa, en cambio es un parásito de la sociedad y su única función es la de participar en el consumo de los frutos de la explotación: la mujer pequeño-burguesa es el animal de carga de la familia. Sólo en la persona de la actual proletaria accede la mujer a la categoría de ser humano (Mensch), pues solo la lucha, solo la participación en el trabajo cultural, en la historia de la humanidad, nos convierte en seres humanos (Menschen).

Para la mujer burguesa su casa es su mundo. *Para la proletaria su casa es el mundo entero*, el mundo con todo su dolor y su alegría, con su fría crueldad y su ruda grandeza. La proletaria es esa mujer que migra con los trabajadores de los túneles desde Italia hasta Suiza, que acampa en barrancas y seca pañales entonando canciones junto a rocas que, con la dinamita, vuelan violentamente por los aires. Como obrera

del campo, como trabajadora estacional, descansa durante la primavera sobre su modesto montón de ropa en medio del ruido, en medio de trenes y estaciones con un pañuelo en la cabeza y a la espera paciente de que algún tren le lleve de un lado a otro. Con cada ola de miseria que la crisis europea arroja hacia América, esa mujer emigra, instalada en el entrepuente de los barcos, junto con miles de proletarios, junto con miles de proletarios hambrientos de todo el mundo para que, cuando el reflujo de la ola produzca a su vez una crisis en América, se vea obligada a regresar a la miseria de la patria europea, a nuevas esperanzas y desilusiones, a una nueva búsqueda de pan y trabajo.

La mujer burguesa no está interesada realmente en los derechos políticos, porque no ejerce ninguna función económica en la sociedad, porque goza de los frutos acabados de la dominación de clase. La reivindicación de la igualdad de derechos para la mujer es, en lo que concierne a las mujeres burguesas, pura ideología, propia de débiles grupos aislados sin raíces materiales, es un fantasma del antagonismo entre el hombre y la mujer, un capricho. De ahí el carácter cómico del movimiento sufragista.

La proletaria, en cambio, necesita de los derechos políticos porque en la sociedad ejerce la misma función económica que el proletario, trabajo de la misma manera para el capital, mantiene igualmente al Estado, y es también explotada y dominada por éste. Tiene los mismos intereses y necesita las mismas armas para defenderse. Sus exigencias políticas están profundamente arraigadas no en el antagonismo entre el hombre y la mujer, sino en el abismo social que separa a la clase de los explotados de la clase de los explotadores, es decir, en el antagonismo entre el capital y el trabajo.

Con la Socialdemocracia podrá introducirse en el taller de la Historia para así poder conquistar, con esas poderosas fuerzas, la igualdad real, aunque sobre el papel de una Constitución burguesa se le niegue este derecho. Aquí, la mujer trabajadora, junto con el hombre, sacudirá las columnas del orden social existente y, antes de que ésta le conceda algo parecido a sus derechos, ayudará a enterrarlo bajo sus propias ruinas.

El taller del futuro necesita de muchas manos y de un aliento cálido. Todo un mundo de dolor femenino espera la salvación. Allí gime la mujer del pequeño campesino derrumbándose prácticamente bajo el peso de la vida. Allá, en el África alemana, en el desierto de Kalahari, se pudren los huesos de las indefensas mujeres herero llevadas por la soldadesca alemana a una brutal muerte por hambre y sed. Al otro lado del océano, entre las altas peñas del Putumayo, se pierden sin que el mundo se entere los gritos de muerte de las mujeres indias torturadas en las plantaciones de caucho del capital internacional.

Proletaria, la más pobre de entre los pobres, la más desposeída de derechos de todos los desposeídos, ¡acude a la lucha para liberar a las mujeres y a la humanidad del yugo del dominio capitalista! La socialdemocracia te ha reservado el lugar de honor. ¡Corre al frente, a las trincheras!

***El pensamiento de Rosa Luxemburgo*, Ediciones del Serbal, Madrid, 1983. Páginas 287-290.**

***El apartado “Semblanza de Clara Zetkin acerca de Rosa” fue tomado de: *Cartas de la prisión*, Editorial Calomino, La Plata, 1948. Páginas 10-12.**



Dilemas y desafíos de la revolución rusa

Durante su prolongado encierro (de julio de 1916 a noviembre de 1918), Rosa continúa en contacto con el exterior, siendo una de las principales figuras de la Liga Espartaco, un reagrupamiento de los sectores del ala izquierda del socialismo alemán. Tras el triunfo de la revolución en Rusia, escribe en la prisión de Breslau el manuscrito La revolución rusa, donde formula un balance provisorio sobre este proceso, al que reivindica, aunque planteando críticas tanto a la caracterización que sobre él realizan Karl Kautsky (1854-1938) y el grueso de la socialdemocracia, como a algunas de las principales iniciativas impulsadas por los bolcheviques al fragor de esa convulsionada coyuntura. El objetivo principal de este borrador consiste en impedir que las soluciones prácticas adoptadas por el poder soviético -en un contexto por demás adverso- se conviertan en dogma, haciendo de la necesidad virtud. Si bien las críticas abarcan diversos aspectos de la política bolchevique (como la reafirmación del principio de autodeterminación de los pueblos y el reconocimiento del derecho a hacer valer este principio, aun cuando pueda llegar a implicar la separación del proyecto soviético, o la distribución de la tierra a los campesinos), lo cierto es que el problema de la dictadura del proletariado y de la democracia en el proceso de transición al socialismo, resulta ser uno de los de mayor trascendencia. Tras su liberación de la cárcel, Rosa no llega a corregir y difundir el texto, debido a que a las pocas semanas es asesinada, por lo que este folleto recién será publicado en 1922.



LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA PARTICIPACIÓN POPULAR DURANTE EL PROCESO REVOLUCIONARIO

La revolución rusa

La Revolución Rusa constituye el acontecimiento más poderoso de la Guerra Mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes, sus consecuencias perdurables, son la condena más evidente a las mentiras que con tanto celo propagó la socialdemocracia oficial a comienzos de la guerra como cobertura ideológica de la campaña de conquista del imperalismo alemán. Me refiero a lo que se dijo respecto a la misión de las bayonetas alemanas, que iban a derrocar al zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos.

El poderoso golpe de la Revolución Rusa, sus profundas consecuencias que transformaron todas las relaciones de clase, elevaron a un nuevo nivel todos los problemas económicos y sociales, y, con la fatalidad de su propia lógica interna, se desarrollaron consecuentemente desde la primera fase de la república burguesa hasta etapas más avanzadas, reduciendo finalmente la caída del zarismo a un simple episodio menor. Todo esto deja claro como el día que la liberación de Rusia no fue una consecuencia de la guerra y de la derrota militar del zarismo ni un servicio prestado por “las bayonetas alemanas en los puños alemanes”, como lo prometió una vez, en uno de sus editoriales, el *Neue Zeit* dirigido por Kautsky. Demuestran, por el contrario, que la liberación de Rusia hundía profundamente sus raíces en la tierra

de su propio país y su maduración completa fue un asunto interno. La aventura militar del imperialismo alemán, emprendida con la bendición ideológica de la socialdemocracia alemana, no produjo la revolución en Rusia. Sólo sirvió para interrumpirla al principio, para postergarla por un tiempo luego de su primera alza tempestuosa de los años 1911-1913 y luego, después de su estallido, para crearle las condiciones más difíciles y anormales.

Más aun; para cualquier observador reflexivo estos hechos refutan de manera decisiva la teoría que Kautsky compartía con los socialdemócratas del gobierno, que suponía que Rusia, por ser un país económicamente atrasado y predominantemente agrario, no estaba maduro para la revolución social y la dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera que la única revolución posible en Rusia es la burguesa, es también la del ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, que están bajo la experta dirección de Axelrod y Dan. En esta concepción basan los socialistas rusos su táctica de alianza con el liberalismo burgués. En esta concepción de la Revolución Rusa, de la que se deriva automáticamente su posición sobre las más mínimas cuestiones tácticas, los oportunistas rusos y los alemanes están en un todo de acuerdo con los socialistas gubernamentales de Alemania. Según estos tres grupos, la Revolución Rusa tendría que haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana, constituía el noble objetivo por el que bregaba el imperialismo alemán al entrar en la guerra; es decir, tendría que haberse detenido con el derrocamiento del zarismo. Según ellos, si la revolución ha ido más allá, planteándose como tarea la dictadura del proletariado, eso se debe a un error del ala extrema del movimiento obrero ruso, los bolcheviques. Y presentan todas las dificultades con las que tropezó la revolución en su desarrollo ulterior, todos los desórdenes que sufrió, simplemente como un resultado de este error fatídico. (...)

El destino de la revolución en Rusia dependía totalmente de los acontecimientos internacionales. Lo que demuestra la visión política de los bolcheviques, su firmeza de principios y su amplia perspectiva es que hayan basado toda su política en la revolución proletaria mundial. Esto revela el poderoso

avance del desarrollo capitalista durante la última década. La revolución de 1905-1907 despertó apenas un débil eco en Europa. Por lo tanto, tenía que quedar como un mero capítulo inicial. La continuación y la conclusión estaban estrechamente ligadas al desarrollo ulterior de Europa.

Concretamente, lo que podrá sacar a luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas no será la apología acrítica sino la crítica penetrante y reflexiva. Nos vemos enfrentados al primer experimento de dictadura proletaria de la historia mundial (que además tiene lugar bajo las condiciones más difíciles que se pueda concebir, en medio de la conflagración mundial y la masacre imperialista, atrapado en las redes del poder militar más reaccionario de Europa, acompañado por la más completa deserción de la clase obrera internacional). Sería una loca idea pensar que todo lo que se hizo o se dejó de hacer en un experimento de dictadura del proletariado llevado a cabo en condiciones tan anormales representa el pináculo mismo de la perfección. Por el contrario, los conceptos más elementales de la política socialista y la comprensión de los requisitos históricos necesarios nos obligan a entender que, bajo estas condiciones fatales, ni el idealismo más gigantesco ni el partido revolucionario más probado pueden realizar la democracia y el socialismo, sino solamente distorsionados intentos de una y otro. Hacer entender esto claramente, en todos sus aspectos y con todas las consecuencias que implica, constituye el deber elemental de los socialistas de todos los países. Pues sólo sobre la base de la comprensión de esta amarga situación podemos medir la enorme magnitud de la responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la Revolución Rusa. Más aun; sólo sobre esta base puede ser efectiva y de decisiva importancia la resuelta acción internacional de la revolución proletaria, acción sin la cual hasta los mayores esfuerzos y sacrificios del proletariado de un solo país inevitablemente se confunden en un fárrago de contradicciones y errores garrafales.

No caben dudas de que los dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, han dado más de un paso decisivo en su espinoso camino sembrado de toda clase de trampas con grandes vacilaciones interiores y haciéndose una gran

violencia. Están actuando en condiciones de amarga compulsión y necesidad, en un torbellino rugiente de acontecimientos. Por lo tanto, nada debe estar más lejos de su pensamiento que la idea de que todo lo que hicieron y dejaron de hacer debe ser considerado por la Internacional como un ejemplo brillante de política socialista que sólo puede despertar admiración acrítica y un fervoroso afán de imitación. No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que son lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia fatal. Nada más lejos de la verdad. El despertar de la energía revolucionaria de la clase obrera alemana ya nunca más podrá ser canalizado por los métodos carceleros de la socialdemocracia de este país, de tan triste memoria. Nunca más podrá conjurarla alguna autoridad inmaculada, ya sea la de nuestros “comités superiores” o la del “ejemplo ruso”. La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Sólo puede resultar de la comprensión de la tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar; de la madurez política y la independencia de espíritu; de la capacidad coartada, con distintos pretextos, por la socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas. El análisis crítico de la Revolución Rusa con todas sus consecuencias históricas constituye el mejor entrenamiento para la clase obrera alemana e internacional, teniendo en cuenta las tareas que le aguardan como resultado de la situación actual. (...)

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir. “Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe Trotsky— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una

gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro.”

Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendríamos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ¡ ¡ Rusia ya está ganada para el socialismo! ! !) ¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas. La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que este sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la “justicia”, sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la “libertad” se convierte en un privilegio especial. Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá con todos nosotros cuando lleguemos hasta el punto al que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles. Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el presupuesto tácito de que la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia -o tal vez por suerte- ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar

las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así sabemos más o menos que eliminar en el momento de la partida para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas. El sistema social socialista sólo deberá ser, y sólo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un úcase. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917.) Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín N° 29). La

vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza. Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las mociones propuestas -en el fondo, entonces, una camarilla- una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis meses!) Sí, podemos ir aún más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. (Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción.) (...)

Al respecto, las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son: medidas radicales de carácter

político y social, la transformación lo más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas; despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo lapso si las masas llevan una vida intensamente activa en las condiciones de una ilimitada libertad política. Así como la libre acción de los rayos del sol constituye el remedio más efectivo, purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con aquella y se conforman en la más amplia libertad política. (...)

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. “Dictadura o democracia”, es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Este se decide naturalmente en favor de “la democracia”, es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que la da Kautsky, con el pretexto de “la inmadurez del país”, de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras, ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites.

“Como marxistas -escribe Trotsky- nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal.” Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal Ni tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo

ni tampoco del marxismo. ¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo por la borda, a la manera de Cunow, Lensch y Parvus, 195 si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta.

“Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal.” Lo que realmente quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia.

Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera de aplicar la democracia, no en su eliminación, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la clase y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la

guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes. Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de que en las revoluciones no todo es color de rosa resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Sería exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más decantada, la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia le necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es todavía, se debe solamente a la forma de actuar del proletariado alemán, a su vez una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes

de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá instaurarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro.

Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: “¡Yo osé!”

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al “bolchevismo”.

La revolución rusa, en Obras Escogidas, Editorial Pluma, Buenos Aires, 1976. Páginas 169-173/195-203.



Fuentes bibliográficas

Obras escogidas, Editorial Pluma, Buenos Aires, 1976.

Obras escogidas, Prólogo y selección a cargo de Bolívar Echeverría, Editorial Era, México, 1981.

Textos escolhidos, Organización a cargo de Isabel Loureiro, Editora UNESP/Fundación Rosa Luxemburgo, Sao Paulo, 2011.

Huelga de masas, partido y sindicatos, Cuadernos de Pasado y Presente Número 13, Córdoba, 1970.

La crisis de la socialdemocracia, Editorial Roca, México, 1972.

Introducción a la Economía Política, Cuadernos de Pasado y Presente Número 35, Buenos Aires, 1972.

La acumulación del capital, Editorial Grijalbo, México, 1967.

El pensamiento de Rosa Luxemburgo, Antología a cargo de María José Aubet, Ediciones del Serbal, Barcelona.

